

CAPÍTULOS GRATUITOS

La legión de los olvidados

Claudette Bezarius

I. El inicio | parte I

Dahlia disfrutaba muchísimo salir a pasear por el bosque durante las noches. Le encantaba contemplar el cielo estrellado y el reflejo de la luna en el agua quieta. El viento helado soplaba con fuerza entre los pinos, produciendo un arrullador sonido que la hechizaba. Sus rubios cabellos, tan claros que casi eran blancos y muy lisos, ondeaban con alegría mientras ella corría cuesta abajo, porque era necesario escalar una pequeña colina y luego descender para llegar al otro lado, donde estaba su adorado estanque. Allí se sentaba largas horas a meditar y platicar consigo misma, con sus chispeantes ojos ambarinos absortos en el mar de sus pensamientos.

Cuando había luna llena, en vez del astro parecía ser la rubia quien reflejaba la luz del sol, pues su tersa piel era tan pálida como luminosa. Era una escena bastante peculiar encontrarla sola en mitad de la noche sentada en el pasto o sobre una roca al lado de la pequeña laguna, a veces cabizbaja murmurando, y a veces erguida con la mirada fija en el firmamento. Nadie se atrevía a interrumpir esos mágicos momentos en los que ella se extasiaba tanto. Ni siquiera Emil, su padre, irrumpía en esos ratos de paz que le ayudaban tanto a su bella hija a sanar su corazón roto por la muerte de su madre, Déneve, más de dos años atrás, debido a una extraña enfermedad incurable.

Dahlia era muy buena aparentando que estaba de buen humor. Quien no la conocía bien creería enseguida que a ella nunca le pasaba nada malo, pues su cálida sonrisa disfrazaba su tristeza; y daba a entender que su alma había alcanzado una completa armonía. Pero todo aquello no podía estar más lejos de ser cierto. Se sentía abandonada y olvidada por todos, ahora que su madre ya no estaba con ella. Sabía que Emil la amaba a su manera, pero desde que Déneve murió, las largas jornadas de trabajo y las horas en el bar del pueblo lo mantenían muy apartado, como si evadiese la realidad y también su responsabilidad paternal. Así que la chica se había agenciado para sí una manera de sentirse un poquito mejor, quedándose muchas horas cerca de ese maravilloso lago, el cual siempre tenía oídos para todo cuanto ella quisiera contarle.

Ni siquiera en la escuela lograba conseguir un mejor amigo que su estanque. Era como si nadie fuera capaz de notar su presencia, o tal vez se habían puesto de acuerdo todos para ignorarla. Ella se limitaba a ir a las clases, participar un poco, tomar sus apuntes y retirarse de inmediato al sonar la campana. De todos modos no había ningún chico o chica que se extrañara por ese comportamiento, y ella tampoco parecía darle mucha importancia. Sin su madre, quien había sido su única amiga, Dahlia ya se estaba acostumbrando a andar siempre sola por la vida, arreglándoselas a duras penas.

Pasaron así varios meses de gran soledad, y en una noche de invierno como tantas otras, mientras la joven veía con detenimiento su reflejo en el agua congelada, sintió que había una presencia, como si alguien estuviera de pie a sus espaldas. Su cuerpo dio un giro veloz, pero no encontró nada más que una exuberante rosa blanca tirada en el suelo. Frunció el ceño y se acercó para tomarla. ¿Cómo podía haber una rosa allí, si ninguna flor crecía cerca de aquel estanque? Mucho menos iba a florecer algo en pleno invierno, con tanto frío y nieve por todas partes. Con los dedos índice y pulgar de su mano derecha, sujetó el tallo de la peculiar rosa y la alzó muy despacio hasta llevarla a la altura de sus ojos. Despedía un aroma que no correspondía con el esperado. Era una mezcla de algo marchito con un leve rastro de... ¿sangre? Con una mueca de disgusto, aventó la rosa con fuerza hacia el hielo.

«¿De dónde habrá salido esa cosa?» se preguntaba, perpleja. «No entiendo quién la trajo, ni cómo es que no pude verlo cuando llegó. ¿Qué sucede aquí?», pensaba para sus adentros.

—Creo que por hoy ha sido suficiente. Será mejor que me vaya a casa a dormir ya —musitó, algo asustada.

Decidió apurar el paso, no se sentía nada cómoda con ese incidente tan fuera de lo común. Pero no había caminado ni dos metros cuando sintió un tirón en su cabello que le sacó un gran grito de dolor. Mientras se frotaba la cabeza para calmar el ardor que le quedó después de aquel tirón, volteó de manera brusca. Su voz la abandonó por completo y comenzó a temblar sin control. Tenía el estómago hecho un nudo, el miedo se apoderó de ella, pero presentía que sería inútil tratar de huir o pedir ayuda. Quizás aquella criatura en forma de chica solo quería lo mismo que ella, que alguien la escuchara, así que era mejor encararla de una vez por todas...

II. Nahiara

Hace muchas centurias, nació una frágil niña, de piel muy blanca y ojos más negros que las mismísimas tinieblas. Su madre tuvo que darla a luz en medio del bosque, en una noche de luna llena. Con su último aliento, le puso por nombre Nahiara. Esa niña que recién había nacido corría un gran peligro de ser asesinada. Según los sueños premonitorios del consejero real de su nación, aquella pequeña destruiría a su pueblo y acarrearía muchas desgracias. Por ello, una gran horda de soldados y aldeanos enfurecidos fueron en busca de la mujer cuyo vientre albergaba aquel engendro maligno. Querían matarlas a ambas, pero la madre logró escapar y hallar un refugio en el bosque, en donde tuvo un parto difícil y prematuro, que acabó con su vida, pero salvó la de Nahiara.

Siendo la más indefensa de las criaturas, Nahiara lloraba y gritaba a todo pulmón, pero nadie lograba escucharla. Quizás el deseo de quienes la odiaban en realidad se cumpliría, y en unos pocos días aquella bebé moriría. Pero el destino da muchas vueltas impensadas, y era un hecho que estaba de parte de la pequeña. Cuando tenía dos días de nacida, sin haber ingerido alimento alguno, entumecida por el frío y a punto de perecer, un descolorido espectro errante la halló. Tenía ya mucho tiempo tratando de encontrar un receptáculo humano adecuado que le permitiera seguir existiendo, pero no había podido hallarlo. No podía escoger a cualquier humano. Debía ser un hombre o mujer nacido bajo la luz de la luna llena, que llevara impregnada en toda su alma la visible marca del rencor. En todos los sentidos, ella era lo que él buscaba. Entonces, tras pronunciar las palabras de un antiguo encantamiento, el espectro y Nahiara se convirtieron en un solo ser. Aquel pacto salvó la vida de ambos y le dio origen a una nueva raza, una muy poderosa, la *Legión de los Olvidados*.

Conforme Nahiara iba creciendo, comenzó a notar muchas peculiaridades acerca de su apariencia. Su piel no mostraba vestigio alguno de color. Ni siquiera sus labios contenían el más mínimo matiz de algo sonrosado. Todo en ella era pálido, como si no hubiese sangre corriendo por sus venas. Lo mismo pasaba con su cabellera. Era suave, brillante y lisa, de una blancura casi cegadora. Pero sus globos oculares eran dos abismos negros y sus iris exhibían un cautivador carmesí. A estos los circundaban unas pronunciadas manchas negras, como si no hubieran dormido ni un solo segundo de toda su vida. Y tal vez así era... Por si todo eso fuera poco, sus uñas le crecían puntiagudas y afiladas, cual si fuesen garras felinas, pero negras como el corazón del ébano. No es de extrañar que, de las pocas veces que la gente común alcanzaba a verla, se alejasen corriendo a toda velocidad, entre sonoros alaridos y fuertes espasmos.

El rechazo de todos y la reclusión en que se vio obligada a vivir hicieron que su gran rencor, el cual estaba impregnado en la totalidad de su ser desde el primer instante en que salió del vientre de su madre, creciera y creciera como un tumor cancerígeno. Juró que se vengaría de toda la humanidad por haber tratado de matarla incluso antes de que naciera, y por repudiarla ahora, solo por tener un aspecto distinto. Así que se dio a la tarea de crear un complejo conjuro que le permitiera llevar a cabo lo que se había propuesto. Empezó a buscar y persuadir a toda persona cuya alma estuviera triste, sola o rechazada, para, poco a poco, conformar su ejército de odio y rencor, la Legión de los Olvidados. A quien aceptara unírsele, prometía darle la inmortalidad, la cual se obtenía con pasmosa facilidad tras permitirle a ella arrancarle su corazón humano y guardarlo en una bóveda secreta. Muchos aceptaron gustosos tal

ofrecimiento, permitiéndole a Nahiara una consumación casi completa de su anhelada venganza. Pero algo que ella no preveía sucedió, y su plan no pudo concretarse.

Una joven guerrera humana, Miria, la última de los *Valaistu*, utilizó todo el amor y la calidez que contenía su corazón, los puso en una flecha dorada y la disparó justo en la frente de Nahiara. Aquellos sentimientos tan puros, que su gélida alma ni siquiera conocía, la hicieron convulsionar y jadear. Empezó a marearse y a tener alucinaciones. Tras lo cual desapareció en menos de lo que tarda un parpadeo, dejando tras de sí, como único rastro de su existencia, una bella rosa blanca ensangrentada. Sus seguidores se apresuraron a recogerla y llevarla a un santuario, en donde la resguardaron en una cúpula diamantada. Estando consternados en sumo grado ante la desaparición de su soberana, empezaron a buscar mediante todos los medios a su alcance, para traerla de vuelta. Para ello, continuaron reuniendo a más y más miembros para la legión, al tiempo que buscaban por cielo y tierra a quien sería la reencarnación de aquella joven guerrera, para tomar su vida y ofrecerla como sacrificio, y así poder revivir a Nahiara.

Ochocientos años después de aquel incidente, una dulce muchacha llamada Déneve se preparaba para dar a luz. Estaba radiante de felicidad y afecto hacia su niña, a quien quería poner por nombre Dahlia. Cuando la nena nació y pudo ver su carita por primera vez, Déneve se conmovió hasta el tuétano y la cubrió de besos. La amaba más que a su propia vida. La bebida era hermosa y estaba llena de vitalidad, por lo que su madre decidió no darle importancia a una diminuta marca de nacimiento que su hija tenía en la parte posterior de la cabeza, la cual parecía una medialuna dorada. No parecía causarle ningún problema o dolor a Dahlia, y cuando el cabello le creciera ya no se notaría. Pero esa pequeña marca era mucho más importante de lo que Déneve se imaginaba. Era la marca que señalaba a esa niña como la heredera del poder de los desaparecidos *Valaistu*...

III. Los Valaistu

Alrededor de todo el mundo, en cada rincón, siempre han existido personas con un corazón muy puro, sin maldad alguna. Esas personas reciben un llamado y, guiados por su instinto, acuden a él, sin pensarlo. Se les da un nombre nuevo y también se les asigna a un compañero o compañera, para que juntos formen un *Sydän* de fuego, aire, agua o arena, de acuerdo con las habilidades mentales o físicas más marcadas en cada pareja. El llamado que reciben proviene de Raki, el elfo con ojos de zafiro, de cabellera plateada, fundador de los Valaistu. Él fue el primer ser nacido en la Tierra con el corazón impoluto, y lo era tanto, que su pureza se desbordó y empezó a esparcirse por todo el orbe en forma de gotas cristalinas, alcanzando a hombres y mujeres de todas las edades y de todas las razas.

Las cristalinas gotas del corazón de Raki transforman a los humanos que tocan en semielfos. Ocasionalmente cambios no solo en su personalidad, la cual se vuelve más amable, sino también en su apariencia física, pues sus cabellos se tornan de un color rubio platinado y sus ojos se vuelven ambarinos. Las gotas viajan a través de cualquier elemento, y caen con suavidad sobre la gente, sin que lo noten. Cuando perciben la pureza de una persona, ahí se quedan, alojadas en su interior. Cada vez que Raki siente la presencia de un nuevo convertido, su pureza, al ser la dominante, atrae de inmediato al hombre o mujer elegida. Y cuando por fin se encuentran cara a cara con este, los semielfos tienen una ceremonia de iniciación para convertirse en miembros oficiales de los Valaistu.

La ceremonia consiste en tomarse de las manos con Raki, mientras se mantienen los ojos cerrados. El elegido o la elegida debe dejar que su mente se encuentre libre, sin pensar en nada específico, pues ha de permitirse entrar en un estado de relajación total. Eso le permite a Raki comunicarse con la gota del corazón que ahora forma parte del elegido y que primero perteneció a su corazón, para así conocer la identidad del elemento presente en esa alma. Una vez que se le revela al elegido cuál es su elemento, recibe una marca única y distintiva en color dorado o plateado en la parte posterior de su cabeza. Si el elegido recibió su marca en dorado, quien tenga esa misma marca pero en plateado será su compañero, y juntos llegan a conformar un nuevo *Sydän*.

Cada *Sydän* se encarga de viajar en busca de semillas de maldad. Si estas ya han germinado en alguien, el equipo debe comenzar una labor de purificación para desarraigar esa semilla y rescatar a la persona de las garras de la oscuridad. Para ser capaces de llevar a cabo el ritual de purificación, el *Sydän* debe atar a la persona que posee la semilla al pie de un árbol por tres días, durante los cuales ellos danzarán alrededor de este sin detenerse. Esta danza les permite reunir luz solar en sus cuerpos, con la que luego incinerarán la semilla de maldad. Y cuando encuentran semillas que aún no germinan, la pareja se limita a llorar sobre ellas durante una noche completa para borrar su existencia. De esa manera, el equilibrio de la humanidad con la Tierra no se pierde y las semillas de maldad se mantienen a raya.

Durante muchos siglos, Raki y los Valaistu llevaron a cabo su labor con éxito, protegiendo a la humanidad de la corrupción y la degeneración. Sin embargo, un suceso muy desafortunado ocurrió de repente sin que nadie pudiese hacer algo para detenerlo. Mientras una de las gotas del corazón de Raki viajaba hacia su elegido, chocó de frente contra un Nocturno. Los Nocturnos son espectros pálidos que se alimentan del odio y el rencor de los humanos, llegando a fusionarse con aquellos que tengan esos sentimientos en toda su alma. Hasta ese

momento, los Valaistu habían logrado impedir que los Nocturnos se fusionaran con los humanos, pero jamás previeron que un Nocturno pudiera obstruirle el paso a una de las gotas.

Ese incidente ocasionó que Raki enfermara de gravedad. Estaba tan debilitado que ya no era capaz de producir más pureza. Ya no podía haber nuevos elegidos, y los poderes de los Sydän comenzaron a disminuir. Muchas semillas de maldad empezaron a germinar con gran rapidez, y los Valaistu no pudieron retomar el control. Tras una larga agonía, Raki no pudo soportar más tiempo, y entonces murió, no sin antes ocultar su corazón en una estrella blanca de la constelación de Orión, para que algún día alguien digno de él lo recibiera. Los restantes de los Valaistu lentamente comenzaron a morir también, pues su mitad élfica se fue desvaneciendo tras el fallecimiento de Raki.

Fue en esos desdichados días para los Valaistu que la pequeña Nahiara nació, y al no haber entonces fuerzas de pureza que contuvieran a los Nocturnos, uno de estos seres consiguió fusionarse con ella. Pero uno de los últimos Sydän existentes logró darse cuenta de aquella enorme desgracia para la humanidad. Entonces Yuma, la compañera de Miria, ideó un plan para derrotar a Nahiara. Por varios años la persiguieron juntas sin tener éxito. Al no tener ya a Raki para que les proveyera más fuerzas, Yuma decidió dar su vida para que Miria pudiera tomar la gota de pureza en su interior y, uniendo ambas gotas, que Miria disparara una flecha hacia Nahiara. Eso ocasionaría que también Miria perdiera la vida, pero causaría que Nahiara pudiera ser sellada. Así lo hicieron, y fue así como las últimas de los Valaistu desaparecieron.

La valentía de Miria llegó a oídos de todas las estrellas, por lo que ellas decidieron que en el día que naciera una niña digna de entre el linaje de esa guerrera, la niña recibiría el corazón de Raki que ellas tenían a su cuidado, reviviendo así la antigua orden de los Valaistu. Ese día por fin llegó. Dahlia es esa niña que las estrellas escogieron...

IV. Emil

Emil fue un muchacho muy tímido y poco llamativo desde siempre. Nunca sobresalió en los deportes o en las artes, muchísimo menos con las chicas. Solía usar unos lentes de aros gruesos, pantalones de tonalidades oscuras y camisas de mangas largas, con un chaleco verde de rayas amarillas en diagonal. Sus compañeros se burlaban de él a cada segundo y hasta le robaban día por medio su dinero para el almuerzo. Así que su juventud no fue nada parecida a un mar de rosas, una época que más tarde pudiera recordar con alegría o nostalgia. Fue más bien una terrible pesadilla para él, pues día a día tenía que librar una batalla campal contra una sociedad que se empeñaba en maltratarlo y excluirlo de todas las maneras posibles, lo cual causó que la amargura se apoderase de él.

Una tarde lluviosa, cuando Emil caminaba a paso rápido a través de una vereda boscosa que conducía hacia su casa, después de otro espantoso día en la escuela, de pronto comenzó a experimentar una sensación muy extraña y dolorosa, como si una mano hecha de hierro incandescente le incinerara el interior de su pecho. Intentó gritar, pero solo consiguió proferir un susurro entrecortado. Su corazón latía desesperado, pues apenas podía respirar entre sus múltiples jadeos. Su visión se iba tornando cada vez más borrosa, y un agudo chillido metálico inundaba sus oídos. Sentía que su lengua estaba hinchada y con ella percibía un potente sabor a polvo sulfúrico. Sin poder hacer nada para detener lo que creyó que se trataba del momento de su muerte, se desplomó sobre el pasto y perdió la consciencia por completo...

Cuando fue capaz de despertar, estaba tan aturdido y extenuado que no tenía ni idea de dónde estaba, cuánto tiempo había transcurrido o qué era con exactitud lo que le había sucedido. Se frotó los ojos repetidas veces, intentando aclarar su todavía nublado campo de visión. Sus sienes palpitaban con tanta fuerza que creía que su cabeza de seguro explotaría en cualquier momento. Trató de incorporarse, pero ambas piernas le temblaban como gelatinas, y un fuerte mareo lo desbalanceó, así que se vio obligado a permanecer sentado. Después de unos pocos minutos en esa condición, comenzó a distinguir con más claridad lo que había a su alrededor. Estaba dentro de una enorme cueva, donde la iluminación era muy escasa. Solo se distinguían algunos contornos gracias a una pequeña colección de candelabros plateados colocados al azar.

—Oh, por Dios, ¿qué es este lugar? ¿Acaso fui secuestrado o algo así? —balbucía, lleno de perplejidad.

—Bienvenido seas, Emil —fue lo que dijo una voz semejante a un graznido de cuervo.

Una figura encapuchada se erguía frente a él. Estaba a unos tres metros de distancia a lo sumo, pero Emil no conseguía distinguir su rostro, pues el enigmático personaje se había posado de espaldas a uno de los candelabros, y la capucha le cubría los ojos si se inclinaba un poco. El joven solo veía una silueta negra, como si de una gran sombra parlante se tratase.

—¿Estás listo ya, jovencito? —inquirió de Emil aquel desconocido.

—¿Listo yo? ¿Para qué? ¿Quién eres y qué quieres de mí? —espetó Emil, con un dejo de rabia en la voz y una mirada desafiante.

—No seas tan irrespetuoso, muchacho. Deberías estar agradecido por la gran bondad que tengo para contigo. Hay algo muy importante que tengo que decirte, y será mejor que concentres toda tu atención en mis palabras —sentenció el encapuchado.

Emil nunca hubiera sido capaz de imaginar lo que estaba a punto de escuchar.

—Llevas en tus venas la misma sangre de Nahiara, nuestra amada soberana. Al ser ella una humana que fusionó su alma con la de un Nocturno, ya no podía concebir hijo alguno, pero se aseguró de tener un linaje mediante la transfusión de la mitad de su sangre a una joven aldeana embarazada mientras esta dormía. Haciendo eso, Nahiara tuvo entonces la posibilidad de ser liberada o de renacer si por alguna circunstancia muy desdichada fuese sellada o asesinada. Pero en la Legión de los Olvidados no contábamos con que la atacara algo tan poderoso como un Sydän. Creíamos que nunca seríamos capaces de romper el sello creado por los malditos Valaistu para retener a Nahiara por la eternidad. Por suerte, pudimos encontrar los manuscritos sagrados, escritos por nuestra mismísima soberana, donde ella reveló no solo el secreto de su descendencia, sino también la manera en que esta podía salvarla. Aquí es donde tú, Emil, entras en juego —explicaba el seguidor de Nahiara, con una sonrisa demencial.

Emil no salía de su asombro. No se había percatado de que tenía la boca abierta y una expresión embobada. Aquellas palabras no tenían sentido para él.

—¿De qué estás hablando? ¿Es esto una broma de mal gusto? —cuestionó él, a voz en cuello.

—¿Qué te hace creer que bromeo, ingenuo muchacho? —declaró el encapuchado, con severidad—. Mejor para ti si guardas completo silencio ahora mismo. Como te decía, eres muy importante para nosotros. Eres una pieza clave en la liberación de Nahiara. Lo que debes hacer es tener una hija con una descendiente de Miria, la guerrera Valaistu que selló a mi soberana. Teniendo tu hija la sangre de Nahiara y de Miria al mismo tiempo, será muy poderosa, y entonces podremos tomarla y ofrecer su vida como sacrificio a los Nocturnos, rompiendo de esa manera el sello de los Valaistu. No te preocupes, la joven que has de desposar es hermosa, así que no debería representarte problema alguno cumplir con tu destino —concluyó en tono triunfal, algo burlesco.

Emil sentía como si le acabara de caer un rayo. De un momento a otro, pasó de ser un rechazado del que todos se aprovechaban a ser el descendiente de una legendaria emperatriz a la que debía rescatar.

—¿Y qué pasa si me rehúso? ¿Cuál es la recompensa para mí si decido hacer lo que me pides? —interpeló él, gracias a un extraño arrebató de valentía.

—Si te rehúsas, te costará tu propia vida. No tenemos reparo en acabar contigo, pues tienes dos hermanos menores que podrían ocupar tu lugar. Acudimos a ti primero porque preferimos al primogénito. Y si aceptas, tu recompensa, entonces, será seguir viviendo. ¿Qué más podrías querer? —respondió, con sarcasmo, aquel personaje que aún seguía en el anonimato.

Emil se quedó lívido. Le costaba mucho trabajo tragar su propia saliva. Sus manos temblaban, mientras un torrente de frías gotas de sudor caía en cascada por todo su cuerpo. Por más desagradable que pudiera parecer su vida, no estaba listo para perderla tan pronto. De forma precipitada, aceptó llevar a cabo la misión que se le había encomendado.

Un día después de aquella charla con el encapuchado, Emil caminaba con una expresión de ansiedad en el rostro. En sus manos llevaba una pintura muy bella. Era el retrato de la joven que debía buscar y, de alguna manera, convencer de que se casara con él. Aún no tenía claro

cómo es que ella se enamoraría perdidamente de él con solo regalarle la extraña rosa blanca que le fue entregada junto con el hermoso retrato.

—¿Cuál era su nombre? —decía él, en voz baja, mientras fruncía el ceño, tratando de recordarlo—. Ah sí, está escrito en el reverso del retrato. Vamos a ver... La chica se llama... Déneve.

V. Déneve

Déneve nació y creció en una tranquila zona rural de Escocia. Tuvo una infancia bastante agradable, pues pasaba sus días leyendo mientras estaba recostada bajo la sombra de algún frondoso árbol, correteando con sus perros o plantando flores por doquier. Sus padres la amaban y la consentían, dándole lo mejor que les era posible. Era una chica muy bella, de complexión delgada, con unos enormes ojos verdes muy expresivos, cabello rojizo y rizado, piel blanca y sonrisa encantadora. Casi todos los chicos de su escuela habían intentado salir con Déneve, pero ella los rechazaba vez tras vez. Quería concentrarse de lleno en sus estudios y sacar buenas calificaciones, puesto que eso le permitiría obtener una beca para estudiar en alguna institución prestigiosa del extranjero.

Al terminar la secundaria, por fin se le cumplió su sueño. Su récord académico era impecable, así que fue aceptada en la Academia Oxford de California (la misma escuela donde estudiaba Emil) para que allí cursara la preparatoria. Su próxima meta era ingresar en la Universidad de Stanford para estudiar Genética. Siempre le había apasionado todo lo relacionado con las células y el ADN, y siendo la excelente estudiante que era, de seguro lograría convertirse en una sobresaliente genetista en el futuro. Sus padres estaban muy orgullosos de ella y la apoyaban en todo, pero no querían tenerla tan lejos, sola en una tierra extraña. Por esa razón, decidieron mudarse a los Estados Unidos junto con su brillante hija.

Sin embargo, un cambio abrupto en la vida de Déneve estaba muy próximo a suceder. Cuando faltaban solo dos meses para la ceremonia de graduación, ella logró llevar a cabo algo extraordinario sin siquiera percatarse del asunto. Estaba sentada en un banco de piedra junto a una arboleda en el patio de su escuela, leyendo un complejo libro sobre daltonismo. Bebía un té de jazmín, dándole diminutos sorbos cada cinco minutos, pues la compleja lectura la tenía absorta. De pronto, un pequeño pájaro carpintero cayó como un plomo justo en medio de su libro abierto. Aquel inesperado suceso le sacó un agudo grito y la hizo arrojar su taza de té contra el suelo de manera violenta. Después del par de minutos que le tomó recuperar la compostura, se quedó contemplando con fijeza al ave muerta, y una profunda tristeza la invadió.

—Pobre de ti, pajarito. ¿Por qué te has muerto? No sabes cuánto me gustaría poder verte volar de nuevo —le dijo muy seria al carpintero, mientras le frotaba la cabecita con su dedo índice derecho.

Los ojos sin vida del ave de repente resplandecieron. El animalito la miró lleno de agradecimiento, comenzó a batir sus alas con mucha alegría y se elevó, para luego perderse en el horizonte.

Déneve se quedó boquiabierta después de semejante episodio. Cuando llegó a casa, se lo contó a su madre con lujo de detalles. Ella solo sonrió y le aseguró que lo más probable era que hubiese sido una gran casualidad, que el ave en realidad no estaba muerta y que se había repuesto de su desmayo gracias a las caricias. Déneve asintió con la cabeza, aunque no estaba de acuerdo, y no habló más del asunto con su madre ni con nadie más. Se fue a la cama temprano y, justo antes de acostarse, decidió escribir en su diario de color violeta sobre ese curioso evento. En sus adentros le daba vueltas y vueltas a la escena. Estaba muy convencida de que había sido ella la que había revivido al pequeño carpintero, de alguna manera que aún desconocía. Y en realidad no estaba para nada equivocada...

Con aquel milagro, Déneve despertó todo el enorme poder que por tantos siglos había permanecido escondido y pasado generación tras generación en su familia, del cual ella no tenía ningún conocimiento. En la línea de sus ancestros se encontraban nada más y nada menos que la valerosa Miria y el mismísimo Raki, quien mantuvo un romance secreto con la joven guerrera. De aquella unión les nació un niño al que ambos decidieron llamarle Dante. Para continuar con su relación en secreto y por la seguridad del pequeño, decidieron ponerlo al cuidado de unos gentiles monjes tibetanos y además sellaron sus poderes. De esa manera, ninguna entidad maligna podría detectarlo y llevaría una vida normal. Dante después se casó y tuvo tres hijos, los cuales heredaron el poder oculto de su padre, pero ninguno fue capaz de despertarlo nunca. Así fue pasando de padres a hijos hasta llegar a Déneve, quien al desear con todo su corazón llevar a cabo un acto de bondad pura, logró deshacer el sello y liberar aquel poder.

Para la Legión de los Olvidados había sido imposible rastrear antes el paradero de la descendencia de Miria, si es que acaso había tenido una. Sus problemas para encontrar alguna pista se vieron resueltos al sentir el imponente despliegue de energía que Déneve utilizó para revivir al ave. La localizaron con pasmosa facilidad y la identificaron de inmediato. Maquinaron el plan perfecto para aprovecharse de semejante hallazgo en favor de sus intereses. Desde siempre habían conocido quiénes eran los descendientes de Nahia y, ahora que habían revelado la identidad de Déneve, solo restaba combinar ambos linajes para traer de vuelta a su queridísima soberana. Para que Emil no tuviese ningún problema al enamorar a Déneve, impregnaron una rosa blanca cualquiera con un elixir a base de la sangre que envolvía a la imperecedera rosa blanca que dejó atrás Nahia cuando fue sellada. Con esa pócima, quien la aspirara haría todo cuanto la persona que obsequiase la rosa demandara.

Emil solo tuvo que concentrar sus pensamientos en la idea de que Déneve se casaría con él cuando le entregó la flor. Ella no tardó en confesarle que estaba loca de amor por él, que dejaría todo atrás para que pudieran estar juntos. Emil sonrió con un dejo de tristeza, pues sabía que aquel despliegue de romance no era real, dado que esa bella chica ni siquiera lo conocía y jamás se hubiese fijado en él en circunstancias comunes. Pero no le quedaba más remedio que seguir adelante con el plan si quería conservarse con vida. De un día para otro, Déneve olvidó por completo sus aspiraciones de estudiar Genética, pues nada más pensaba en dedicarse de lleno a su amado Emil. Esperaron a que pasara la graduación y de inmediato se casaron. Los padres de ella estaban consternados, pues no comprendían ese cambio tan radical en la personalidad y los intereses de su hija, pero una vez más decidieron apoyarla. Como regalo de bodas, le obsequiaron una casa en medio de colinas, ubicada muy cerca de un lindo estanque...

Emil cada vez se iba sintiendo más y más culpable, pues Déneve se desvivía por él, quería hacerlo feliz de todas las maneras posibles. Poco a poco, el dolor que le causaba saber que había engañado con tanta vileza a aquella inocente chica lo carcomía por dentro. No podía creer que había sido capaz de robarle la vida, por así decirlo, a alguien más con tal de salvar su propio pellejo. Aunado a eso, el pacto que había aceptado estipulaba que tendría un plazo de quince años para engendrar una hija y luego entregarla a la Legión. Al término de ese tiempo, si no la entregaba por las buenas, vendrían por ella y se la llevarían a la fuerza. Déneve, habiendo cumplido ya con su parte, moriría de un paro cardíaco que le provocaría el elixir que inhaló de la rosa. Este se transformaría en una sustancia venenosa para la cual no existe un antídoto. Dicha alteración podía ser llevada a cabo desde lejos en cualquier instante, a voluntad de los Olvidados.

En medio de estas circunstancias sin precedentes, la bella Dahlia nació, sin saber todo lo que tendría que enfrentar en un futuro bastante cercano...

VI. El inicio | Parte II

Dahlia concentró todas sus fuerzas en mantener una apariencia serena, aunque el pánico la dominara por dentro. Con una voz algo trémula, alcanzó a articular una breve frase apenas audible.

—¿Quién eres y en qué puedo ayudarte? —Eso fue lo único que se le vino a la mente en ese momento de zozobra.

La criatura la contemplaba con una mirada vacía de toda emoción, como si tuviera ojos de muñeca. Ladeaba la cabeza primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda, con un movimiento gradual y pausado, que le daba una apariencia mucho más animal que humana. Parecía estar emparentada con alguna clase de pajarraco. La textura y tonalidad de su piel daban la impresión de que estaba muerta, pues era blanquecina y opaca. Por todo su rostro le corrían unas sinuosas líneas negras, bastante gruesas, que le salían desde la oscuridad de sus cuencas y se extendían como el ramaje de un árbol, simulando las marcas que deja el maquillaje que se ha corrido por derramar muchas lágrimas. Sus labios estaban amoratados y resecos, los típicos síntomas de hipotermia. Y si acaso respiraba, lo disimulaba a la perfección. Vestía una especie de kimono que le llegaba a la altura de las rodillas, bien ceñido a su delgado cuerpo, el cual estaba hecho de muselina cenicienta muy brillante. Sus grisáceos cabellos los llevaba recogidos en dos protuberantes moños a los lados de la cabeza. Comenzó a avanzar con lentitud hacia Dahlia, pero no lo hacía caminando, pues sus pies descalzos y enlodados no rozaban ni un solo centímetro del suelo. *Ella* se desplazaba levitando.

Dahlia estaba casi fuera de sí, como si aquello que le sucedía fuese un mal sueño del que pronto despertaría. Se frotó los ojos repetidas veces, pero la espera se prolongaba y la pesadilla no terminaba. Después de un largo rato, el pesado silencio se rompió. *Ella* decidió hablar.

—Disculpa mi brusquedad de hace un momento, solo quería evitar que te fueras. Ven conmigo, mi niña. Sé que has estado muy triste y sola, pero no te preocupes, tus penas acabarán pronto. He venido para consolarte —declaró con una melodiosa voz de poetisa—. Nunca más estarás desamparada. Como tú hay muchos, querida, personas de todas las edades que el resto del mundo ha olvidado. Pero no nosotros, eso jamás. Toma mi mano y te guiaré hacia la más cálida bienvenida que tendrás en tu vida. La Legión de los Olvidados está deseosa de recibirte, pequeña.

Escucharla decir aquellas confortadoras palabras embelesaría a cualquiera. Las pronunciaba con tanta suavidad y sentimiento que casi era posible palpar el afecto que transmitían. Dahlia sintió en su interior una extraña familiaridad, como si su mismísima madre le hablara a través de aquel misterioso ser extraterrenal.

La estupefacción de la niña seguía acrecentándose. No le habían dicho nada cariñoso o amable desde que Déneve partió. La dulzura del mensaje que escuchaba sin duda la atraía, pero no podía evitar que el miedo resurgiera tan pronto ella terminaba de hablar. «Su rara apariencia y su particular manera de movilizarse no pueden ser algo normal», pensaba Dahlia. «Pero con lo que me ha dicho, no parece que quiera lastimarme», razonaba para sí, un tanto confundida. Entonces, decidió hacerle más preguntas a la criatura para así salir de todas sus dudas.

—¿Cómo te llamas? Mi nombre es Dahlia. Mi mamá me llamó de esa forma porque las Dalias eran sus flores favoritas. Seguro que tú también tienes una historia que contar acerca de cómo escogieron tu nombre —espetó ella, con toda la naturalidad que le fue posible mostrar.

—En la Legión, me llaman Galatea. Ese nombre me hace honor y me describe a la perfección, pues su significado alude al color pálido de mi piel —respondió el extraño ente de apariencia femenina.

—Oh, ya veo. Me parece un nombre muy bonito, ¿sabes? Pero cuéntame más sobre esa Legión de los Olvidados que tanto mencionas. Vives ahí con ellos, ¿cierto? Me gustaría que me describieras cómo es el lugar y lo que haces allí —dijo Dahlia, con un poco más de confianza en sí misma tras la reacción positiva de Galatea.

A pesar de la inocencia de las preguntas de la niña, el semblante de la criatura cambió. Parecía un tanto irritada, e hizo un despacioso movimiento pendular con su dedo índice izquierdo, indicándole a Dahlia que no le iba a contestar eso. Solo se le acercó a la pequeña para mirarla bien de cerca. Estuvieron cara a cara por unos segundos, tras lo cual le dio un ligero toque en la frente con el mismo dedo que antes utilizó para negarse a hablar, sumiendo a la jovencita en un profundo sueño. Despertó al día siguiente, cuando ya había amanecido, acostada en su cama. No había rastro alguno de Galatea, así que la niña comenzó a dudar de que aquella experiencia de la noche anterior en realidad hubiese sucedido.

—Tuvo que ser un sueño, o tal vez aluciné un poco. Quizás debo dejar de ir al estanque por un tiempo —masculló entre dientes mientras se desperezaba, estando aún recostada.

Tardó unos quince minutos en salir de la cama. Se sentía muy pesada y adolorida, y no conseguía detener la sucesión de bostezos que le sobrevino desde que despertó. Se duchó en un dos por tres con agua helada, creyendo que tal vez así se despejaría un poco, pero no le dio resultado. Estaba agotada, como si hubiera pasado en vela toda la noche. Se colocó el uniforme del instituto tan rápido como pudo, pues se le estaba haciendo tarde para ir a las clases del día. Cuando caminó hacia su cómoda para verse en el espejo ovalado, mientras se peinaba su desordenada melena, profirió un fuerte alarido por el susto que le ocasionó el reflejo que contempló. Justo en medio de su frente tenía una horrible marca rojiza en forma de rombo.

—¡¿Cómo rayos me hice esto?! ¡No puedo ir a la escuela así! —exclamó, consternada.

Decidió ponerse un pañuelo blanco en la cabeza, lo que la hacía lucir como una pirata, pero al menos así podía cubrirse por completo la llamativa marca.

Salió de su habitación corriendo a toda prisa en dirección a la cocina. Emil aún no se había levantado, o quizás ni siquiera había vuelto, pero Dahlia ya no tenía tiempo de averiguarlo. Abrió el refrigerador, tomó un trozo de pan añejo y una manzana algo descompuesta, los puso dentro de su mochila, para luego irse disparada hacia la caseta del autobús escolar, el cual pasaría en unos cinco minutos, a lo sumo. Ese día por primera vez estuvo agradecida de que nadie en la escuela la determinara. Tenía una cara de cansancio indisimulable, con unas notorias ojeras bajo un par de enrojecidos ojos. Y para colmo, tenía que llevar puesto ese ridículo pañuelo para que la dichosa marca no sobresaliera. Se sentía espantosa, así que se consolaba con la indiferencia total de sus compañeros de clase. Sin embargo, las curiosidades en su vida no desaparecerían. Las rarezas no habían hecho más que comenzar, y ahora vendrían a raudales.

El profesor de literatura ese día presentó a un alumno irlandés que recién se incorporaba a la escuela y que sería su nuevo compañero. Era un chico algo bajo y delgado, de piel bronceada, cabello liso de tono castaño claro y ojos rasgados de un celeste turquesa muy poco común. Su nombre era Milo, y venía a pasar un ciclo lectivo en los Estados Unidos como estudiante de intercambio. Después de que lo terminó de presentar, el profesor le asignó su lugar. El único asiento que estaba disponible se encontraba justo al lado de Dahlia. Milo se dirigió en silencio hacia su puesto, colocó sus cuadernos sobre la mesa y se sentó con sumo cuidado.

No pasó ni un minuto cuando el chico se volteó de manera disimulada hacia Dahlia. Con una gran sonrisa de simpatía en su rostro, la cual revelaba unos graciosos hoyuelos, le dijo a ella en voz baja: —¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Dahlia se quedó sin respiración por un momento y, tras unos segundos de estupor, le contestó titubeante: —Mi nombre es Dahlia. Me da mucho gusto conocerte, Milo.

VII. Memorias evanescentes

Cuando sonó el timbre que marcaba la hora de ir a almorzar, Dahlia tomó sus cuadernos y sus lápices, los acomodó con rapidez en su mochila, y se dispuso a marcharse del salón de clases para buscar algún lugar alejado de todos. Deseaba estar en un sitio tranquilo para comerse el pan y la manzana que había tomado del refrigerador por la mañana. Encontró una banca vacía en la parte trasera del gimnasio y se tumbó allí, dando un gran suspiro mientras miraba hacia el despejado cielo de mediodía. Comenzó a mordisquear muy despacio el trozo de pan, el cual tenía una textura algo chiclosa y un leve sabor a moho. Estaba comiendo de manera mecánica, sin detenerse a pensar en si lo que tenía en su boca le sabía bien o mal. Comía porque era una necesidad biológica y nada más. Sin embargo, aquella vieja hogaza era un manjar para ella ese día. No se le iba del pensamiento aquella imagen del chico nuevo hablándole. Todavía le costaba creer que alguien que nunca la había visto antes se hubiera portado de una forma tan amable. Sin percatarse, estaba riéndose a carcajadas frenéticas ella sola, como si estuviese un poco loca.

Después de unos cinco minutos en ese estado, un ruido que provenía del pasillo a su derecha la sobresaltó, borrándole la sonrisa de inmediato. Fue un desagradable estruendo, como de algo muy pesado que golpeaba el piso al caer. Dahlia se levantó de un salto y, un tanto recelosa, fue a ver qué era lo que estaba pasando. En el pasillo no había nada ni nadie, lo cual la hizo estremecerse.

—¿Cómo pude escuchar algo tan estruendoso y ahora no hay ni un rastro de lo que sea que haya sido? Me tardé como diez segundos en venir aquí —se decía, incrédula—. Bueno, creo que mejor voy y termino mi almuerzo, no vaya a ser que luego se me haga tarde por malgastar mi tiempo en tonterías —susurró, decidida.

Cuando se volteó para regresar a la banca, no había empezado a caminar todavía cuando chocó de frente contra lo que parecía ser una persona. La dureza y rigidez de aquel cuerpo la hizo sentir como si hubiera colisionado con un muro o un poste. Lo inesperado de la aparición del desconocido no le dio tiempo para reaccionar, por lo que el choque la hizo trastabillar y caerse de espaldas en el suelo. No pudo evitar golpearse la cabeza al caer.

—Oh, por Dios, lo siento mucho. No quise asustarte. ¿Te encuentras bien? —una voz masculina le hablaba, al tiempo que el dueño de la misma la ayudaba a levantarse—. Jamás creí que mi presencia te fuese a causar tantas molestias. En verdad estoy muy apenado. ¿Podrás perdonarme? —suplicaba el joven, con ojos de sincero arrepentimiento.

Dahlia estaba atontada por el golpe, pero se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja en el rostro cuando cayó en la cuenta de que quien la sostenía entre sus brazos era nada más y nada menos que Milo.

—Claro, no te preocupes. No fue tan grave después de todo —contestó, mientras se frotaba el enorme chichón que se le había formado.

No fue capaz de disimular que en realidad sí le dolía muchísimo aquella contusión. Se le notaba en la expresión compungida y en los repetidos quejidos que profería mientras se masajeaba.

Milo se sonrojó al ver a la pobre Dahlia en esa condición por su culpa, entonces hizo algo que creyó que la alegraría y la haría olvidarse del dolor por unos minutos al menos. La sostuvo por

la cintura con firmeza mientras la miraba a los ojos. Ella percibió un gran destello de luz dorada que la cegó por unos instantes. Cuando se le pasó el deslumbramiento, Milo aún la sujetaba y la observaba, pero ya no estaban en el patio de la escuela. Ahora los rodeaba un sinfín de florecillas silvestres multicolores y numerosas mariposas monarca que revoloteaban por doquier. El viento estaba cargado de un aroma dulce, una mezcla de lavanda con frutas cítricas. Los pájaros entonaban hermosas canciones y algunos de ellos hasta se les posaban en los hombros. Milo la levantó con ambos brazos por los aires y la hizo girar con delicadeza unos cuantos segundos. Luego la cargó hasta una hamaca para que allí pudiese reposar un buen rato.

Dahlia estaba boquiabierta, casi conteniendo la respiración. Aquel lugar era una maravilla incomparable, sin la menor duda. Pero semejante entorno le parecía inverosímil, ya que hacía apenas unos minutos ambos habían estado de pie en el patio de la escuela.

—Estoy casi segura de que ese golpe en la cabeza me está haciendo desvariar. Debo estar imaginando cosas —farfullaba, sin salir de su aturdimiento.

Trató de levantarse de la hamaca, pero la cabeza comenzó a darle vueltas. Estaba tan mareada que, sin darse cuenta, se quedó dormida de un momento a otro. Cuando despertó, se sentía como nueva, pero no despertó en la hamaca del bello jardín que Milo le mostró. Estaba recostada sobre la banca de la escuela en donde se encontraba antes, comiéndose su almuerzo. Hasta tenía la mitad del trozo de pan en la mano...

Miró el reloj rosa en forma de búho que le colgaba del cuello. Eran las doce y diez apenas, la misma hora en que había escuchado el estruendo que la asustó.

—¿Cómo es posible que haya estado en un lugar que no conozco, que me haya dormido, y que al despertarme, pareciera como si nada hubiese sucedido? —monologaba la chiquilla, mientras se palpaba la cabeza en busca del chichón.

No tenía ya pero ni la sombra de aquella protuberancia, no le dolía más.

—Quizás este pan está tan añejo que me está intoxicando. De seguro el envenenamiento me está haciendo creer que vivo en medio de un cuento de hadas —se decía, entre risillas nerviosas.

Arrojó lo que quedaba del pan en bote de la basura y se marchó de nuevo al salón de clases. Ya no tenía apetito de todos modos.

Desde lejos, como a unos cincuenta metros de distancia, de pie en lo más alto del ramaje de un viejo pino, Milo la contemplaba con expresión de regocijo.

—Ella es tal y como me la imaginaba. Se rehúsa a creer hasta en lo que sus propios ojos ven. No me sorprende —declaró él, muy sonriente, mientras ladeaba la cabeza, como si estuviese comentárselo a alguien más—. Es una suerte que haya podido encontrarla antes de que fuera demasiado tarde...

VIII. Comienzan las revelaciones

Durante todo el resto de aquella tarde, Dahlia no pudo concentrarse en nada. A cada instante se le venían a la mente las imágenes del destello dorado, el mágico jardín, los ojos claros de Milo... Se sacudía, se daba pequeños pellizcos, hasta se abofeteaba para intentar que aquellos falsos recuerdos, según ella, desaparecieran de su memoria. No logró otra cosa que ir haciéndolos cada vez más claros y vívidos, muy a pesar suyo. Y para colmo, Milo no le quitaba la mirada de encima, y lo tenía tan cerca que incluso podía escuchar su respiración pausada. Eso la incomodaba en sumo grado, hasta el punto de que tuvo que ponerse de pie, excusarse con la profesora de matemáticas e irse a la enfermería para pedir que le dieran algún té que le calmara los nervios. «Ojalá que me den autorización para marcharme de inmediato a casa. Este día ha sido demasiado para mí. Ya no soporto ni un segundo más aquí», pensaba para sí. Iba muy concentrada en esas ideas mientras caminaba por el pasillo lleno de casilleros pintados de verde musgo al subir las escaleras de caracol que daban al tercer piso, en donde se localizaba la enfermería.

Apenas salió Dahlia del aula, Milo se apresuró a maquinarse una excusa para irse tras ella. Esperó un par de minutos y se levantó de su asiento. Fue a decirle a la profesora que él también se estaba sintiendo mal porque seguro el pan del que Dahlia le convidó durante la hora de almuerzo tenía alguna sustancia nociva que les estaba causando malestares a ambos. Mientras hablaba, ponía una expresión de sufrimiento tan creíble que la profesora no dudó en autorizarlo también a él para que fuera a la enfermería. Milo le agradeció con una pequeña reverencia al mejor estilo japonés y caminó a paso lento hasta la puerta, sosteniéndose el estómago con ambas manos, para darle el retoque final a su excelente papel de chico enfermo.

Cuando cerró la puerta del aula tras de sí y se aseguró de que nadie lo estuviese observando, cerró los ojos para así ser capaz de sentir con total precisión la localización de la chiquilla. Juntó las palmas de sus manos frente a su pecho, como si rezara, y murmuró unas palabras ininteligibles. Poco a poco, su figura comenzó a hacerse transparente. Parecía estar hecho de cristal, tras lo cual desapareció entre las cortinas de un tenue humo blanco. Reapareció de golpe a las afueras de la enfermería. La puerta estaba abierta de par en par, por lo que la doctora pudo haberlo visto sin dificultad mientras él llegaba de esa manera sobrenatural. Pero, para la buena suerte del muchacho, la especialista estaba de espaldas, examinando con detenimiento la lengua de Dahlia. Milo decidió hacerse a un lado y esperar hasta que ella saliera. Mientras aguardaba, se puso a jugar con una silla de madera que estaba situada a unos tres metros de distancia, frente a él, del otro lado del pasillo. Giraba su dedo índice derecho en forma circular y la silla imitaba ese movimiento al danzar oscilante sobre una de sus patas delanteras.

Después de un rato, que a Milo le pareció una eternidad, por fin escuchó la voz de Dahlia despidiéndose de la doctora. Dejó en paz la silla y endureció la expresión de su rostro. Ella salió de la habitación bostezando y frotándose los ojos, por lo que no vio al joven, quien la esperaba recostado a la pared. Él la dejó avanzar un poco y entonces se apresuró a toparla por detrás.

Puso su mano izquierda en el hombro derecho de ella y le dijo en tono pícaro al oído: —Oye, debiste decirme que no te sentías bien. Me preocupaste mucho cuando te vi tan pálida.

Dahlia se alteró tanto por aquello que solo atinó a lanzarle un codazo en la boca del estómago y salir corriendo despavorida.

—Espera, por favor... Perdóname una vez más... Parece que, sin quererlo, siempre te asusto — le gritaba en tono suplicante Milo, mientras se inclinaba un poco hacia el frente, pues ella le había sacado el aire con el golpe.

Tan pronto Dahlia volvió en sí, se dio cuenta de lo que acababa de hacer. No pudo evitar que se le subieran los colores al rostro.

—Ay, Milo, ¡cuánto lo siento! —musitó ella, tras lo cual apresuró sus pasos hacia donde estaba él.

Profusas lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Apretó los puños, cerró los ojos con fuerza y se dejó caer de rodillas al lado del muchacho. Trataba de hablarle, pero el llanto le apagaba la voz. Él la miró lleno de ternura y se arrodilló también. Le tomó la barbilla con delicadeza entre sus dedos índice y pulgar derechos, hasta hacerla levantar la mirada, ya que la pena la hacía mantenerla fija en el piso.

—No llores, Dahlia, no tienes razón para preocuparte —declaró el joven, tratando de consolarla.

La miró unos instantes más, y entonces la atrajo hacia él con ambos brazos. Fue el abrazo más cálido que alguien que no fuera su madre le había dado a la chica en toda su vida. La sensación de tranquilidad que le provocó la cercanía del cuerpo del chico acabó por completo con su llanto.

—Muchas gracias —fue todo lo que pudo decirle después de la gran conmoción que había experimentado.

Ambos se incorporaron sin prisas. Milo de inmediato se ofreció a llevarla hasta la entrada de su casa.

—No creo que sea una buena idea que te vayas sola en el delicado estado de ánimo en que te encuentras. Permíteme escoltarte hasta tu puerta —declaró él, con firmeza.

Dahlia asintió con la cabeza y entonces él la tomó de la mano. No la soltó en todo el trayecto hasta la parada del autobús. Mientras esperaban sentados, por fin ella pudo acomodar un poco sus pensamientos, y le preguntó: —¿Por qué haces todo esto por mí? Ni siquiera me conoces.

Sonriendo de manera pícara con la mitad derecha de su boca, él le contestó con toda naturalidad: —Eso es lo que tú crees, pero lamento decirte que estás equivocada. Te conozco desde que naciste.

Aquella afirmación la dejó muy descolocada. Cruzó los brazos, y con el ceño fruncido, replicó: —¿Acaso estás demente? Vienes de Irlanda y yo he vivido toda mi vida aquí. Nunca he salido de los Estados Unidos. No utilizo ninguna red social, así que es imposible que tan siquiera nos hayamos visto antes de hoy.

En ese momento, llegó el autobús que estaban esperando. Milo se puso de pie, la volvió a tomar de la mano y la arrastró para que se diera prisa a subir, pues no había nadie más que ellos dos en aquella parada.

Una vez que estuvieron a bordo, él la miró con cierta severidad y le preguntó: —¿De verdad quieres saber cómo es que te conozco?

Con cara de absoluto fastidio, Dahlia refunfuñó: —¡Claro que sí! Todo tiene una explicación lógica. Espero que tengas un argumento que sea lo bastante bueno como para respaldar ese disparate que inventaste.

Sin inmutarse, él exclamó: —¡Ya lo verás! Te sorprenderá mucho todo lo que voy a contarte, pero deberás esperar hasta la noche, cuando te hayas dormido. Te recomiendo ser paciente.

Más confundida aún, Dahlia intentó sacarle información extra, pero Milo no dijo ni una sola palabra. Aprovechando que el autobús ya había llegado a su destino, de nuevo la sujetó de la mano y la llevó a toda prisa por el sendero que conducía hacia la casa de ella. Allí se detuvo un instante, le sonrió y le dio un pequeño beso en la mejilla izquierda.

—Solo espera hasta esta noche. Te lo diré todo con lujo de detalles —afirmó el muchacho.

Y en unos breves instantes, desapareció de la vista de la perpleja rubia.

IX. Sherezade

Dahlia entró a su casa a regañadientes. Quería irse corriendo detrás de Milo, sujetarlo de los hombros y no soltarlo hasta que le revelara todo lo que le estaba ocultando.

—Ese chico... ¿Cómo es que pudo irse tan rápido? Parece que se lo hubiera tragado la tierra. Él es tan extraño... —balbucía la muchacha, mientras subía los peldaños que la llevarían a la segunda planta.

Arriba estaba su habitación, la más retirada de toda la propiedad. Iba arrastrando los pies, desplazándose con mucha lentitud, pues estaba ida en el mar de sus pensamientos. Tenía una maraña de ideas en la cabeza que no lograba hacer encajar, y eso la tenía muy enfadada. Siempre había podido encontrar la racionalidad en cualquier cosa que analizaba, pero ahora, por primera vez en su vida, se topaba con un gigantesco enigma. No podía permitir que un simple chico le perturbara su mundo de perfecto orden con sus tonterías. Estaba resuelta a descubrir el punto débil en la farsa tan bien elaborada de Milo y así poder restregarle en la cara que ella siempre tuvo la razón.

—Quizás una larga ducha con agua caliente me ayude a relajarme un poco. En este preciso momento no puedo pensar con mucha claridad, pero un buen baño me hará mucho bien —aseguró, complacida.

Cerró la elegante puerta de caoba de su cuarto y procedió a desvestirse mientras tarareaba su canción predilecta. Era una melodía suave y arrulladora. Su madre solía cantársela por las noches, cuando era muy pequeña, para que se tranquilizara cada vez que la oscuridad la asustaba. Cuando por fin se encontró desnuda bajo la exquisita tibieza del agua proveniente de la ducha, aún canturreaba en voz baja. ¡Cuánto amaba aquella música!

—¡Esta tonada es tan especial! Siempre me calma y me hace pensar en...en...oh, por Dios, en...

Dahlia no pudo recordar a quién le evocaba aquella canción. Se quedó helada, hasta dejó de respirar. Se llevó ambas manos a la boca, con la mirada llena de turbación.

—Sé que alguien me la cantaba, pero... ¿quién? Ay, no, ¿qué me sucede? ¿Cómo pude olvidar algo tan importante? —Su voz era lastimera, casi inaudible.

El nudo en su garganta se hizo insoportable y dio pie a un llanto descontrolado. Ni siquiera soportó quedarse erguida, sino que se acuclilló y escondió su rostro entre ambos brazos.

Lloró por largo rato. Sus párpados se asemejaban a un par de globos amaratados. Tosía repetidas veces, lo cual le robó lo poco que le quedaba de energía. Cuando ya no tuvo más fuerzas para seguir llorando, cerró la llave del baño, tomó la toalla pastel que estaba sobre su taburete y se envolvió el tronco con ella. No tenía ganas de secarse, mucho menos de arreglarse o tan siquiera verse en el espejo. Salió estando empapada y así se dejó caer en su cama. Se sentía muy temblorosa y devastada. No tenía siquiera un osito de felpa para abrazar, por lo que su letargo no tardó ni cinco minutos en pasar a ser un sueño profundo.

Tras unas horas de completa inconsciencia, la chica tuvo la sensación de que una voz la estaba llamando. Al principio era un simple murmullo lejano, pero se fue haciendo más y más claro cada vez, hasta que por fin pudo comprender de qué se trataba. Reconocía esa voz a la perfección.

—Oye, Dahlia, ¿puedes oírme? Despierta, ya es hora...

Con gran dificultad abrió los ojos, los cuales le pesaban una tonelada por el cansancio, pero distinguió con claridad el rostro expectante de quien le decía esas palabras.

—Milo, ¿cuánto tiempo llevas aquí? —Eso fue lo primero que ella inquirió del muchacho.

—Para ser honesto contigo, en realidad, nunca me fui —contestó, con una risilla juguetona—. Te hice creer que me había marchado, pero todo el tiempo estuve cerca de ti. Tomé un libro del estante junto a la chimenea, luego me apoltroné en el sofá cama que hay en tu sala, y me puse cómodo para leerlo, con una taza de cappuccino caliente para hacer el rato más ameno. Espero que no te vayas a enfadar conmigo por ello.

A la pelirrubia se le sonrojaron hasta los cabellos cuando cayó en la cuenta de que aún estaba cubierta solo con la pequeña toalla de baño, casi desnuda, frente a un chico del que apenas sabía su nombre. Para colmo, él llevaba quién sabe ni cuánto tiempo de andar paseándose por su casa, haciendo lo que se le venía en gana.

—¿Cómo te atreves a irrumpir en mi casa, sin mi permiso, usar mis cosas y, para colmo, venir a figonearme a mi habitación?! —le gritó, hecha una furia—. ¡Por supuesto que me voy a enfadar contigo!

La rubia le soltó un potente manotazo en la mejilla derecha. Milo retrocedió unos pasos, estupefacto, y un tanto avergonzado. La cara le ardía como si se la hubiese quemado, pero aquel golpe era lo de menos. Estaba muy arrepentido por haber exasperado tanto a Dahlia.

—Gracias por abofetearme, me lo tengo bien merecido. Te ruego que me perdones... Vaya, desde que nos conocimos, no he hecho más que disculparme contigo, pues solo te he causado molestias. Tienes toda la razón en lo que acabas de decir. Será mejor que me retire de verdad esta vez —aseveró, con un tono casi lacrimoso.

Dio media vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta, pero una orden de la joven lo detuvo en seco.

—¡Detente ahí mismo! No te moverás de aquí si no me dices hasta la última sílaba de lo que prometiste contarme. Dijiste que esperara hasta la noche, cuando me hubiera dormido. Puedo ver a través de la ventana que ya anocheció. Yo estaba durmiendo tranquila cuando viniste a importunarme... Estoy esperando que comiences a hablar de una buena vez —exclamó Dahlia, con mucha autoridad en cada una de sus palabras.

—En eso también tienes razón. Es una promesa que debo cumplirte. Solo saldré un momento de tu habitación para que puedas vestirte con libertad. Cuando hayas terminado, entonces te lo contaré todo. ¡Lo juro! —afirmó él con gravedad, poniéndose su mano derecha sobre el corazón.

—¡No, no saldrás de aquí! ¿Quién me asegura que no huirás de nuevo? Ponte de pie en una esquina, de espaldas a mí. No quiero perderte de vista ni un segundo, ¿está claro? —ordenó de nuevo la chica.

Milo obedeció sin pensárselo dos veces. No quería ocasionarle más disgustos intentando contradecirla. Dahlia caminó hasta su clóset de puertas corredizas y tomó un juego de pantaletas y sostén azul marino. Se los puso a toda velocidad, tras lo cual escogió el primer vestido que se le apareció. Estaba hecho de encaje negro con pedrería escarlata engarzada en el pecho y en los bordes de las diminutas mangas. Era corto, pero no demasiado y le dibujaba

muy bien la silueta. Decidió sujetarse el cabello en una trenza para no lucir tan despeinada. En unos pocos minutos estaba lista y entonces le indicó con un silbido a Milo que ya podía voltearse.

—¡Guau! Luces muy linda —indicó él, mirándola de arriba abajo.

—No te pedí que te quedaras para que empezaras a halagarme, así que vamos a la sala y ahí hablaremos, ¿entendido? —La chica replicó con insolencia, aunque en sus adentros se sentía muy contenta por el sincero cumplido del muchacho.

—Bien, bien, pero ya no te enfades tanto, por favor —le pidió con vehemencia, un tanto contrariado.

Dahlia se apresuró a sujetarlo del brazo derecho con ambas manos y juntos bajaron las escaleras para llegar a la sala. Cuando estuvieron sentados en el sofá-cama, frente a frente, él guardó silencio un momento, como reuniendo el valor necesario para proclamar un importantísimo mensaje. En vez de comenzar a hablar, mordió su labio inferior y bajó la mirada. De repente, se levantó de un salto y sujetó a la chica de ambas manos, impulsándola hacia adelante para que ella se levantara también. Cuando ambos estuvieron de pie, él puso sus dedos índice y corazón izquierdos con suavidad sobre los labios de Dahlia, indicándole que no hablara. Entonces, la sujetó de la cintura sin quitarle la mirada y de nuevo ella vio un destello dorado cegador, justo como cuando la había llevado al bello jardín. Pero en esta ocasión, los chicos no fueron a ningún jardín...

Lo primero que ella notó fue un cielo, en el cual había muchísimas más estrellas que cielo. Resplandecían tanto que casi parecía que estaban a plena luz del día. Luego se percató de que sus pies no estaban pisando el suelo. En realidad, no estaban pisando nada. ¡Ella y Milo estaban flotando! Volteó a ver de un lado a otro, pero no distinguía más que unos pasillos larguísimos, llenos de varias puertas de marfil con entalladuras de plata en los bordes y pomos esféricos de cristal atornasolado. A lo lejos, se escuchaba el canto de lo que sonaba como un magnificante coro gregoriano.

—¿Dónde estamos, Milo? Estoy casi segura de que estoy soñando, ¿cierto? Pellízcame, este lugar no puede ser real —le dijo al muchacho, mientras miraba de un lado a otro, embobada.

Milo le sonrió con agrado, pero no la pellizcó, sino que le indicó con un movimiento de la cabeza que lo siguiera. Ella quiso rezongar pero optó por obedecerle y permaneció en silencio. El chico la guio hacia una de las cientos de puertas que había en los inmensos pasillos, le tomó la mano y se la colocó en el pomo.

—No lo gires, solo cierra los ojos y enfoca tus pensamientos en que deseas entrar a este lugar, ¿de acuerdo? —La indicación de él fue dada con mucha seriedad.

Ella asintió con la cabeza e hizo tal y como se lo pidió. Unos segundos después, cuando abrió los ojos de nuevo, ambos estaban un sitio en donde todo era blanco y luminoso. En el centro de esa habitación, había una enorme burbuja dorada y translúcida, en cuyo interior se podía distinguir la figura de una hermosa mujer dormida en medio de una sustancia líquida de tono verde esmeralda. Dahlia se aproximó a la burbuja para poder ver mejor a la dama y, justo en ese instante, ella abrió sus ojos. Eran de color purpúreo, formidables, pero llenos de paz y benignidad.

—Te hemos estado esperando hace tanto tiempo... Bienvenida seas, pequeña Dahlia — manifestó la encantadora doncella, sin que una sola palabra saliese de su delicada boca.

—Sherezade se comunica mediante la telepatía. No te asustes —le susurró Milo...

X. Gemelos

Dahlia volteó la cabeza hacia la derecha con la intención de hablarle a Milo. Quería preguntarle algo acerca de la bella Sherezade, pero se detuvo en seco. Sintió un extraño vacío en su pecho y la voz se le apagó. Ella no podía creer lo que estaba contemplando. Su semblante revelaba la gran mezcla de emociones encontradas que le producía la escena. Exhibía un mohín que combinaba asombro con curiosidad y algo de temor al mismo tiempo. Ella hubiese jurado que había entrado en aquella misteriosa habitación junto a Milo y que fue él quien hacía solo un momento le había susurrado. No obstante, la imponente figura que tenía ante sí podía ser cualquier cosa menos el chico con el que había venido.

Junto a Dahlia se erguía una majestuosa figura de unos tres metros de estatura, con rasgos muy varoniles y, sin embargo, para nada humanos. La criatura estaba vestida con una elegante armadura de plata que le cubría el torso. Su piel parecía estar hecha de alguna piedra preciosa desconocida, ya que resplandecía con suaves matices azulados y rojizos, dependiendo de sus movimientos y el ángulo de la luz que la iluminase. Sus brazos y piernas revelaban una musculatura definida y llena de vitalidad. Su cabellera le llegaba hasta los tobillos y era muy lisa, de una tonalidad verde olivácea, que por momentos cambiaba a naranja encendido. De su espalda salían tres enormes pares de alas membranosas, similares a las de un murciélago. Cada uno de los pares tenía un color distinto: escarlata, magenta y cian. Pero de todo el imponente conjunto de sus características físicas, la que más impacto causaba era su penetrante mirada. Parecía haber una pequeña galaxia atrapada en cada una de sus cuencas, con millones de diminutas estrellas fulgurantes cambiando de lugar de manera constante.

Sin percatarse, la quijada de Dahlia estaba a punto de rozarle las rodillas por la inconmensurable fascinación de que era presa en ese momento. Todavía no recuperaba el aliento ni podía acomodar el caos de sus pensamientos como para ser capaz de articular un enunciado coherente, así que la extraña criatura decidió ser la que rompiera el silencio y la tensión en la atmósfera.

—No pretendía manifestar ante ti mi verdadera forma tan pronto, pero, al parecer, Sherezade juzgó que era lo mejor. No te preocupes, ni ella ni yo te haremos daño alguno —aseguró el gigante, con una voz profunda y resonante, como si un trueno estuviese anidado en su garganta.

—¿Qué... quieres... decir... con... tu... verdadera... forma? —La voz de Dahlia sonaba temblorosa.

—Soy yo, Milo —se apresuró a contestarle la criatura.

Antes de que Dahlia pudiera decir algo más, Sherezade atrajo su atención al rozarle el hombro derecho con un mechón de sus negros y ondulados cabellos.

—Hay algo muy importante que debes saber, pequeña. Cuando estabas en el vientre de tu madre, no estuviste sola. Tienes un hermano gemelo, pero él no nació junto a ti, como sería común esperar en el mundo de los humanos. Justo en el momento de la concepción de ambos, yo establecí una conexión psíquica con ustedes. Pude entonces tener un breve vistazo de lo que estaba por venir en sus vidas. Por el bien de la humanidad, escogí a tu hermano para que viniera conmigo y lo implanté en mi vientre. Antes de eso, le pedí permiso a Déneve para hacerlo, a través de una visión, la cual le hice olvidar poco después. Soy una *Keijukainen*,

emparentada de forma directa con los astros de la constelación de Orión, donde aún yace oculto el corazón de Raki, tu más antiguo antepasado. Al haber crecido tu hermano dentro de mí, algo de mi sangre pasó hacia él, lo que lo hizo convertirse en un híbrido de humano, Keijukainen, Valaistu y Nocturno. Él está hoy ante tus ojos, y es a quien llamas Milo —le reveló, con solemnidad, la dama de tez nívea.

Dahlia estaba aún más intranquila y confundida que antes. Le estaban dando información transcendental en abundancia, pero con muchas palabras de las que jamás había escuchado hablar. Ya era demasiado para un solo día. Su cerebro no lograba asimilar tantas cosas de golpe. De entre todo lo que Sherezade mencionó, lo que más la desconcertó fue saber que... ¡esa monumental criatura a su lado era su hermano gemelo Milo! La cabeza le daba vueltas, se sentía fuera de sí, no comprendía nada de nada. Estaba a punto de desplomarse debido a un repentino vértigo y una copiosa sudoración que emanaba de todo su cuerpo, pero la mano de su hermano la sostuvo con delicadeza. Cuando ella lo miró, tenía otra vez su forma humana de chico y le estaba sonriendo, rebosante de ternura.

—No te presiones, Dahlia. Ya tendrás tiempo para pensar con claridad. Lo más importante de todo es que ahora sabes quién soy yo en realidad. Estoy contigo para ayudarte y cuidarte, pase lo que pase —le aseguró el muchacho, en un tono que inspiraba total confianza—. Creo que debería llevarte a casa de inmediato. Podremos volver aquí con total facilidad más tarde —afirmó, mientras la sujetaba por la cintura y la miraba a los ojos.

Una vez más, Dahlia vio el destello dorado que ya le resultaba tan familiar y, apenas unos segundos después, ambos jóvenes se encontraban en la sala de la casa de la chica, sentados en el sofá cama. Sabiéndose de vuelta, ella cayó rendida por el gran cansancio físico y mental en los brazos de Milo. Él la abrazó con fuerza, tras lo cual la levantó y se la llevó hasta su cama. Allí la arropó con una sábana limpia y le besó la frente con cariño. Luego se dirigió a cerrar con llave la puerta de la habitación, para después sentarse en el piso, con su espalda recostada a una de las paredes. Desde allí vigilaría sin pausas el sueño de su hermana durante todo el resto de esa noche.

Al principio, Dahlia parecía descansar de manera apacible, pero pronto su rostro comenzó a contraerse mientras ella balbucía algunas frases inconexas. Milo se acercó a ella, un poco preocupado, para escuchar con mayor claridad lo que decía. De los labios de la chica escapaban suspiros entrecortados y palabras apenas audibles. «Yo... Olvidados... dónde... Milo... mamá... quién... Galatea...» Esas eran algunas de las pocas cosas que el muchacho pudo comprender, aún teniendo su oído casi pegado a la boca de Dahlia. Estaba muy extrañado con todo aquello, pero se limitó a pensar que ella debía estar soñando y que no había razones para exagerar. La pobre chica necesitaba dormir lo máximo que fuese posible, así que decidió no despertarla, aunque siguiera murmurando por varias horas más.

Retomó entonces su puesto anterior. Continuó mirándola hablar en sueños por un rato, tratando de imaginar qué sería lo que ella visualizaba en su fantasía onírica. De pronto, la chica arqueó la espalda y profirió un estridente chillido de angustia. Acto seguido, Milo corrió a su lado, para tomarla de la mano y así tratar de calmarla, pero todo lo que hizo fue en vano. Dahlia comenzó a convulsionar mientras seguía gritando. Sus movimientos violentos dejaban ver que estaba siendo torturada, como si le clavaran algo filoso en el pecho. Él la sujetó de ambos hombros y la sacudió con fuerza para despertarla. Eso tampoco dio resultado. Ella seguía retorciéndose de dolor, cada vez con más intensidad. Milo tuvo que tomar una drástica medida, en vista de las angustiantes circunstancias. Colocó su mano derecha sobre su ojo

izquierdo, al tiempo que hacía una invocación. Desde su cuenca emanó una esfera del tamaño de la cabeza de un alfiler, la cual fulguraba y giraba sobre su propio eje. La tomó entre sus dedos índice y pulgar, y se la colocó a Dahlia en el pecho, que era donde parecía dolerle más. La piel de la muchacha la absorbió de inmediato, haciendo que su cuerpo se elevara a unos pocos centímetros de la cama, para después regresar a ella. Sus gritos se habían detenido por completo, pero seguía dormida. Milo volvió a sacudirla y esta vez ella sí se despertó.

Al abrir sus ojos la joven, por un milisegundo su hermano vio en ellos un centelleo de los ojos de otra persona: era la mirada de un alma llena de amargura. Pero aquella imagen fue tan fugaz que creyó haberla imaginado. Se lo atribuyó al gran susto y la zozobra de verla sufriendo durante su pesadilla.

Además, tan pronto lo reconoció, Dahlia se le abalanzó a su cuello y lo abrazó con gran ímpetu, mientras entre lágrimas sollozaba: —Muchas gracias por estar aquí.

Él no tardó en envolverla con sus brazos, meciéndola a ritmo lento, para tranquilizarla...

XI. Arrepentimiento

—No me atrevo ni siquiera a ver a mi pobre e inocente hijita a los ojos —monologaba Emil, con un tono de infinito pesar, mientras dos gruesas lágrimas le surcaban el rostro.

Cualquier persona que mirase la situación desde fuera, tacharía al hombre de desalmado, carente del más mínimo interés por su familia. Él no pasaba más de cinco horas diarias en casa, pues se mataba trabajando en la compañía hasta altas horas de la noche, tras lo cual salía a toda velocidad, sin despedirse de nadie. Se iba directo hacia el único bar del condado. Allí se acomodaba en una esquina poco iluminada del mismo, y le pedía al mesero el trago de siempre: *whisky* en las rocas. Bebía con infinita calma, hasta quedar sumido en la taciturnidad. Se marchaba justo cuando comenzaban a cerrar el bar, lo cual sucedía a mitad de la madrugada. Se marchaba a pie y, al llegar a su casa, entraba por la puerta de atrás con sigilo, se quitaba los zapatos y subía las escaleras para llegar a su habitación. Se tumbaba en su cama matrimonial sin darse una buena ducha primero o al menos cambiarse de ropa. Llegaba tan agotado a casa que lo único que hacía era irse a dormir para que, unas cortas horas después, pudiese ser capaz de levantarse e irse de nuevo al trabajo. Era un monótono círculo vicioso de esclavitud hacia el trabajo y el alcohol, donde no quedaba espacio para nada más, ni siquiera un breve intervalo en que Dahlia pudiese verlo.

Nadie se imaginaría la vorágine de sentimientos que lo estaba consumiendo poco a poco. Con cada minuto que transcurría, el enorme peso de una amalgama de culpa, tristeza, impotencia, amargura y arrepentimiento destrozaban el corazón del joven padre. Jamás podría perdonarse a sí mismo por la bajeza en que había caído. Primero le arrebató la vida a la dulce Déneve y ahora, en cualquier instante, la de Dahlia también sería tomada. ¿Y por qué lo había hecho? Se dejó llevar por la cobardía y el egoísmo, no pensó en nadie más que en sí mismo y en su supervivencia. Sentía que él, más que nadie, merecía ser castigado con severidad. Deseaba con todas sus fuerzas ofrecer su alma en lugar de la de su pequeña. Pero sabía muy bien que aquello era imposible y, dado que jamás entregaría a Dahlia de forma voluntaria, los Olvidados sin duda vendrían por ella muy pronto, tal y como lo habían pactado.

Esa noche salió del bar más abatido que nunca antes, pues quedaba ya solo un mes exacto para el decimoquinto cumpleaños de su pequeña, y de seguro ese sería entonces el último mes que la vería con vida. En el trayecto a casa, mientras caminaba como si sus pies fuesen de plomo, con la mirada perdida, cabizbajo, su mente acarició gustosa la idea de suicidarse. Ya no soportaba más el inconmensurable dolor de su corazón y no deseaba estar presente cuando la Legión le arrebatara a la niña. Así que decidió ir a verla mientras esta dormía. Una última mirada a su linda e inocente chiquilla, para luego decirle adiós a ella y al mundo para siempre. No deseaba que su despedida fuera desagradable, lo cual sucedería si Dahlia percibía el potente hedor etílico que se le escapaba con cada exhalación, por lo que cepilló tres veces sus dientes y lengua, se enjuagó con desodorante bucal y luego tomó una pieza de goma de mascar con sabor a yerbabuena. Se dirigió a la puerta de la habitación de la chica y, con mucho cuidado, comenzó a girar el pomo. Pero notó que estaba cerrada con llave desde dentro, lo cual le extrañó un poco. Iba a utilizar la llave maestra que traía consigo, pero en ese preciso momento, alguien que no le era familiar salió a su encuentro.

—Padre, por fin has llegado. Pasa adelante, por favor. Dahlia anhela verte —declaró Milo, con una expresión de desánimo en el rostro—. No ha parado de llorar y de pedirme que fuera a buscarte.

—¿Quién eres, jovencito? ¿Por qué me has llamado *padre*? —inquirió, con el ceño fruncido y una mirada cargada de desconfianza.

—Puedo explicártelo todo con gusto, pero preferiría hacerlo más tarde, si me lo permites. Ella te necesita ahora mismo.

Emil no se tranquilizó del todo con aquella afirmación del muchacho, pero no le quedó más remedio que hacerle caso. Se escuchaba sin dificultad el desgarrador lamento entrecortado de su niñita en el interior de la habitación. Ingresó muy despacio y se sentó al lado de ella.

—Papá... ¡Te he extrañado tanto! —chilló desesperada, al tiempo que lo besaba repetidas veces en las mejillas y el cuello, además de estrujarlo con fuerza contra sí, utilizando ambos brazos.

Emil no pudo contenerse más y prorrumpió en llanto. Acariciaba los cabellos de la pequeña y la besaba con suavidad en la frente.

—Te suplico que me perdones... Sé que te he dejado sola cuando más me necesitabas... Nunca voy a poder compensarte todos estos meses de abandono... ¿Crees que podrás perdonarme algún día, hijita? —Su súplica sonaba muy lastimera y, mientras hablaba, sostenía a Dahlia junto a su pecho.

—Claro que sí. No podría estar enojada contigo. Papá, yo... ¡te amo!

Milo contemplaba la escena en silencio. Estaba conmovido hasta el tuétano. Deseaba con vehemencia unirse a aquel tierno abrazo familiar, pero creyó más prudente esperar un poco, cuando su padre y su hermana estuviesen más sosegados. Pasó un largo rato para que las emociones de todos bajaran un poco de intensidad. Ya había amanecido cuando Dahlia por fin logró dejar de llorar y se quedó dormida en el regazo de su padre.

—Muchacho, no quiero ser maleducado o desconsiderado contigo, pues al parecer has ayudado a mi hija mientras yo no estaba. Sin embargo, ni siquiera conozco tu nombre o a tu familia y hace un rato me llamaste padre. Por favor, explícate ahora —solicitó Emil, con mucha autoridad, pero sin rudeza.

—Como digas, mi señor. Si no te molesta, creo que hay alguien que puede darte una explicación mucho mejor que cualquiera de las mías. Sé que es difícil para ti confiar sin saber nada de mí, pero te aseguro que, si decides hacerlo, todo irá mucho mejor. ¿Confiarías en mí, por favor? —contestó, con gran respeto, el muchacho.

—Pues, está bien. Te daré una oportunidad. ¿Quién es, entonces, la persona que me explicará todo, según me has dicho?

—Estás a punto de conocerla... Levántate, y trae contigo a Dahlia.

Aunque estaba bastante contrariado, el padre obedeció las instrucciones del chico. Se levantó despacio, teniendo mucho cuidado de no despertar a su hija. Una vez que estuvo de pie, cargando a la niña en sus brazos, se quedó mirando expectante a Milo.

—Ahora, quédate quieto y no apartes tu mirada de la mía, por favor —le pidió el jovencito, con suavidad.

Entonces, lo sujetó por la cintura, como había hecho antes con Dahlia, y Emil pudo ver de reojo el destello dorado cegador. Segundos después, los tres estaban flotando frente a la misma extraña habitación en donde la chica había entrado horas antes, a punto de encontrarse ante la presencia de la hermosa Sherezade.

XII. Esbozo del futuro

Emil miraba con atención de un lado a otro, preso de una enorme incredulidad, combinada con recelo y ansiedad. Jamás había estado en un lugar tan maravilloso pero a la vez tan ilusorio, pues todo en derredor lucía como sacado de un sueño fantástico de algún chiquillo con portentosa imaginación. Tenía miles de preguntas dándole vueltas en su confundida cabeza, pero no fue capaz de decir ni una sola palabra. Sus párpados se cerraban sin que pudiera evitarlo, sentía la garganta rasposa y su lengua estaba muy reseca, además de que le estaba costando trabajo respirar. Después de un pesado día de trabajo, seguido de una velada con exceso de copas, luego una sucesión de momentos cargados con un sinnúmero de emociones fuertes, y sin siquiera tener una breve siesta para reponer un poco sus energías, su cuerpo no podía hacer menos que comenzar a colapsar.

Percibiendo casi de inmediato el excesivo agotamiento físico y mental que agobiaba a su padre, Milo se apresuró a ofrecerse para sostener a Dahlia en sus brazos. Emil aceptó sin poner la más mínima resistencia, pues estaba a punto de desmayarse.

—Por favor, resiste un poco más... Es necesario que coloques tu mano derecha sobre el pomo de esta puerta, pero no lo gires. Solo cierra tus ojos y concéntrate en la idea de que deseas entrar a la habitación —suplicó el muchacho.

Con un súbito arrebató, Emil reaccionó con rapidez e hizo lo que se le solicitaba. Antes de que se diera cuenta, ya estaban todos dentro del recinto. De nuevo, le sorprendió muchísimo lo que encontró allí. La luminosidad y blancura que circundaban a la dorada esfera donde reposaba una hermosa doncella desconocida, lo dejaron boquiabierto, paralizado, como si acabase de haber recibido una descarga de alto voltaje. Y por si ese peculiar espectáculo fuese poco, un drástico cambio en su organismo lo terminó de sumir en el asombro absoluto. No quedaba ni rastro del terrible cansancio o de la embriaguez de la noche previa. Tampoco se sentía triste o angustiado, sino todo lo contrario. Era como si le hubiesen arrancado de raíz todas las penas e inquietudes, para reemplazarlas con una indescriptible paz interior. Nunca antes había tenido los ánimos al tope, con tan vigorosos latidos en su pecho y tanta calidez en su alma...

—Ya no sufras más, no te culpes. Hoy es un día muy gozoso para ti, pues tus hijos te han perdonado. Yo también siento una gran compasión por ti —le anunció Sherezade, mientras sus serenos ojos lo miraban.

Emil se sobresaltó al caer en la cuenta de que aquellas palabras que provenían de la bella desconocida habían llegado a su mente sin necesidad de escucharlas primero. Abrió los ojos como platos, pero continuó en silencio, a la expectativa de todo cuanto ella quisiera comunicarle.

—He sanado las numerosas heridas que surcaban tu cuerpo y tu espíritu, pues Dahlia te necesita a su lado, sano y fuerte. Lo que se avecina será muy difícil, y tú, junto con Milo, serás de vital importancia para que ella pueda salir victoriosa —concluyó la dama.

Salió de la burbuja como si esta la estuviese dando a luz y se posó justo enfrente de Emil. Lo tomó de ambas manos y lo envolvió por completo con sus largos y oscuros cabellos, los cuales se agitaban con suavidad, cual acompasado vaivén oceánico. Ambos entraron en un trance, una especie de viaje al pasado, donde Sherezade le reveló su identidad y lo que había hecho

con respecto a Milo. Además, le mostró la misma visión que había recibido Déneve años atrás. En ella, Emil pudo distinguir dos impactantes acontecimientos diametralmente opuestos.

Lo primero que le fue mostrado constituía una lúgubre y sobrecogedora escena. No quedaba vestigio alguno de luz solar en ningún rincón de la Tierra, pues los cielos estaban cargados de renegridos nubarrones. Se escuchaban potentes truenos centelleantes por doquier, y una copiosa lluvia de gruesas cenizas le causaba ardor y comezón en la piel hasta con el más pequeño roce. Toda la vegetación estaba marchita y los cadáveres de animales en avanzado estado de descomposición tapizaban el suelo. Podía percibirse en el aire un repulsivo hedor a sangre y azufre. El cual se le calaba con facilidad hasta lo más recóndito de sus fosas nasales, provocándole náuseas y una incontenible tos seca. En medio de ese escalofriante panorama, la figura de una mujer desnuda, cuya tez y cabellera eran pálidas en extremo, de rasgos faciales que le parecían muy familiares, avanzaba despacio sin tocar el suelo, con una mirada llena de rencor. De repente, ella lanzó un estruendoso chillido hacia el firmamento. Todo el escenario comenzó a sacudirse de manera violenta hasta que se desató un terremoto de escala global. Desde el fondo de la tierra, comenzaron a emerger incontables seres, tan descoloridos como la mujer que gritaba, y uno por uno fueron elevando sus voces hasta alcanzar la potencia del chillido de ella. Después, una infinita oscuridad acabó con esa parte de la visión.

La segunda escena que Emil contempló le quitó por completo el desasosiego que le había generado conocer la primera. En esta nueva imagen, el astro rey, con todo su esplendor, presidía un despejado cielo, azul intenso. El verdor poblaba los campos y ya comenzaban a brotar preciosas flores multicolores. Los pájaros cantaban sin cesar mientras jugueteaban con las incontables mariposas que revoloteaban por la pradera. Una cálida brisa le acariciaba la piel y despedía una leve esencia de lavanda, la cual resultaba muy relajante. No muy lejos de allí, podían escucharse las graciosas voces y risas de unos niños que tomaban un baño en un prístino riachuelo de aguas templadas. En ese instante, volteó a mirar hacia arriba y notó cómo descendía a toda velocidad desde los cielos hacia aquel prado una joven muy bella. Cabalgaba un brioso corcel dorado de impresionante tamaño. Llevaba puesta una túnica de blancura inmaculada que cubría la totalidad de su cuerpo. Solo era visible su delicado rostro y sus abundantes cabellos de plata, que ondeaban con el viento en todas direcciones. Al llegar junto a los niños, descendió del lomo del caballo y fue a su encuentro. Ellos se abalanzaron con cuidado sobre ella y la cubrieron de besos. La muchacha sonreía de oreja a oreja y acariciaba las cabecitas de todos los pequeños. De repente, alzó la vista y clavó su záfírea mirada en los ojos del fascinado Emil, dando así por concluida la segunda parte de la visión.

—Las dos escenas que te he mostrado se harán realidad. De Dahlia, Milo y tú depende cuál sea la que prevalezca —aclaró Sherezade.

Tras terminar su declaración, procedió a colocar alrededor del cuello de Emil un diminuto cristal transparente en forma de rosa que colgaba de una fina cadena de oro.

—¿Qué es esto? —cuestionó él, con mucha curiosidad.

—Cuando llegue el momento, lo sabrás —fue todo lo que la doncella decidió revelar.

Durante todo ese tiempo, Dahlia seguía dormida en brazos de su hermano. Él la veía con ternura y después pasaba a contemplar lo que estaba llevando a cabo Sherezade con su padre. Cuando Emil hubo acabado de recibir el impactante mensaje de la dama, de inmediato avanzó en dirección a sus hijos. No atinó a decirles nada, solo les sonrió y los tres se fundieron en un cálido abrazo, desbordando júbilo y afecto. Eso causó que Dahlia por fin despertara y, al

encontrarse con los alegres rostros de su familia, se llenó de tranquilidad y correspondió sus sonrisas.

XIII. El protector Keijukainen

Desde tiempos inmemoriales, las estrellas han amado a todas las formas de vida en nuestro planeta, pero tienen una predilección especial por los humanos y los elfos. Ambas especies pueden mostrar una gran intensidad emocional cuando se conmueven, se alegran o aman. A las constelaciones les fascina ser testigos del despliegue de sentimientos positivos, y eso explica el singular cariño que manifestaban por Raki y los Valaistu, los seres más puros de la Tierra. Sin embargo, los días de regocijo llegaron a su fin y se transformaron en días de grandísima pena cuando el elfo cayó enfermo y no pudo producir más gotas de pureza que continuaran limpiando a la humanidad de las semillas de maldad. El mayor dolor en los corazones de las estrellas se produjo al contemplar impotentes el deceso de su adorado Raki, quien, con su último hálito, les confió la protección de su corazón hasta que naciera alguien digno de recibirlo. Por varios siglos, esperaron con paciencia, puesto que no podían intervenir de manera directa en los asuntos humanos sin un mediador de la estirpe élfica. Al hallarse estos poderes dormidos, ocultos en su totalidad, no había forma de saber, a ciencia cierta, dónde se encontraba aquella descendencia.

Pero durante un soleado y cálido día de verano, ochocientos años después de la partida del elfo, su esencia volvió a manifestarse en el mundo, y eso sucedió a través de un acto de la más pura bondad que una dulce joven llevó a cabo a favor de un pajarillo muerto. De inmediato, las constelaciones fijaron toda su atención en la chica, cuyo nombre era Déneve. Ella no llevaba la medialuna dorada en su cabeza, por lo que no era quien estaba destinada a tener el corazón de Raki, pero quizás alguno de sus hijos sí fuese el elegido. Entonces, las constelaciones celebraron una asamblea en la cual llegaron a un importante acuerdo sobre lo que debían hacer para ayudar a la corrompida humanidad. Sherezade, una de las más poderosas Keijukainen, hija de las estrellas púrpura de la constelación de Cepheus, aceptó gustosa la importante misión que le fue encomendada por parte de las legendarias Joutsen, sus cerúleas hermanas de la constelación de Orión.

Se le pidió que se conectara mediante el plano psíquico con Déneve, de manera que, si la muchacha llegaba a embarazarse, Sherezade pudiera detectar desde el mismísimo instante de la concepción si su hijo o hija llevaba la marca distintiva. Unos cuantos meses después de despertar su poder, la chica quedó encinta. En su matriz llevaba gemelos, un varón y una niña. La Keijukainen estableció una conexión mental con los bebés también y de estos recibió varias premoniciones trascendentales de sucesos que impactarían a toda la Tierra. Cuando tuvo la certeza de que sería la niña quien llevaría la marca, entonces tomó una decisión radical. Debía convertir al niño en un protector y mentor de su hermana, y eso solo sería posible si el pequeño tenía las habilidades de las estrellas. Así que tomó la forma de una humana para poder llevarlo en su vientre y transmitirle en su sangre los poderes que él necesitaría en el futuro.

Para poder convertirse en humana, Sherezade tuvo que hacer el gran sacrificio de dejar su hogar y a su familia en la constelación de Cepheus y mudarse, junto a otras estrellas, a una dimensión portátil llamada Loimu. Ese lugar era custodiado por Kissa, el portero interestelar. Allí había largas hileras de habitaciones contiguas, cada una equipada con un enorme ventanal diamantado, que permitía dar un vistazo al espacio sideral. En ellas se hospedaría cada una de las valientes Keijukainen y Joutsen asignadas a distintas misiones, en cada uno de los trescientos universos accesibles para sus respectivas constelaciones. Durante el viaje, un

selecto grupo de cantores cerúleos, provistos por la gran guardia real de Orión, se dedicaban a hacer de este una experiencia amena, utilizando sus melodiosas voces sin interrupción alguna.

Cada estrella que hubiese tomado un cuerpo humano no solo debía permanecer en la habitación que le correspondiese, sino que también debía encerrarse en una burbuja hecha con el polvo áureo que era extraído del potente soplo glacial de las Joutsen. Además, dicha burbuja debía ser rellena con Smaragdi, el líquido vital que alimenta con su energía infinita a todos los universos. Con ese procedimiento, Sherezade conservaría intactas sus múltiples habilidades de Keijukainen, a pesar de tener un cuerpo inferior. No había otra estrategia viable para que las estrellas hicieran posible un embarazo humano. Pues, aunque ellas tienen una anatomía muy similar a la nuestra, son tan resplandecientes en su verdadera forma que los débiles organismos terrestres perecerían al instante con darles una sola mirada, aun estando a varios kilómetros de distancia de sus multicolores rayos. Una vez que Milo nació, Sherezade decidió que conservaría la forma humana tanto de ella como del niño, aunque esto significara que no podrían abandonar su habitación en Loimu. Ella prefirió esperar hasta que el pequeño creciera y pudiera comprender quién era y lo que podía hacer gracias a su sangre especial.

Milo compartía un vínculo onírico y sensitivo intermitente con Dahlia, lo que significaba que, de vez en cuando, podía ver fragmentos de algunos de los sueños y experimentar en parte las sensaciones y emociones de su hermana en la Tierra. A la edad de cinco años, Sherezade comenzó de forma paulatina a instruir al niño acerca de su ascendencia y sus habilidades. El jovencito se hizo muy diestro en el control telequinésico, el vuelo a velocidades supersónicas y la teletransportación; pero continuaba siendo muy inexperto en cuanto a cómo comportarse frente a los humanos. Su madre y él tenían forma de personas, mas sus costumbres y su forma de comunicarse eran muy distintas. Lo poco que pudo aprender sobre el tema se lo debía al leve vínculo que tenía con Dahlia.

De seguro, Milo hubiese estado mejor preparado para asumir su rol como protector y mentor hasta que fuese un poco más maduro, tanto en el aspecto físico como en el emocional. Pero la inminente llegada de los Olvidados para reclamar la vida de Dahlia apresuró mucho las cosas. Y para colmo, cuando la legendaria Galatea habló con la jovencita y la tocó en la frente con uno de sus letales dedos, el sello romboidal que le imprimió era nada más y nada menos que un supresor y suplantador de memorias. La Keijukainen tuvo entonces que actuar muy rápido para prevenir la terrible desgracia que acarrearía para el portador semejante encantamiento. Envio a Milo al día siguiente directo a la Tierra, pero antes, solicitó a Kissa que redujera el tamaño de Loimu al de una pupila dilatada y la colocara en el ojo izquierdo del muchacho. De esa manera, ella podría estar en contacto directo con él para guiarlo y apoyarlo cada vez que fuese necesario y él podría acceder solo o acompañado a aquella dimensión, cuando así lo deseara.

Kissa concedió con gusto el deseo de Sherezade e incluyó un increíble obsequio adicional para el chico. En su ojo derecho, el portero le colocó otra dimensión portátil, Hedelmätarha, una que guardaba con especial cuidado para que los humanos pudiesen disfrutarla algún día. En el interior de esta había un bellissimo y exótico jardín, cargado de vegetación floral y diversos animales silvestres inofensivos.

—Hedelmätarha te servirá para descansar o meditar cuando lo desees, muchacho. Podrás acceder a ella, o a Loimu, con solo invocarme; pero si llevas compañía, deberás sostener a tu acompañante por la cintura y no apartarle tu mirada. Si los humanos llegaran a contemplar el destello que ocasionarás cada vez que vengas a cualquiera de las dimensiones, podrían quedar

ciegos de manera permanente. Ten mucho cuidado, ¿entendido? —le indicó Kissa, con gran formalidad, al simpático joven.

—Por supuesto que sí, seguiré tus instrucciones al pie de la letra. Muchísimas gracias por toda tu colaboración y tu generosidad —contestó Milo, al tiempo que sonreía.

Así, aunque todavía era bastante torpe para establecer relaciones interpersonales, Milo llegó por fin al lado de su hermana. Mantenerse en su forma humana le costaba un esfuerzo físico y mental considerable, ya que nunca antes había tenido que molestarse en controlar ese detalle. Y es que además de su apariencia, tenía que modificar y adaptar también la distribución de su masa corporal, puesto que su organismo Keijukainen era muy pesado y duro. Por suerte, el mayor daño que causó fue un chichón en la cabeza de Dahlia cuando su concentración sostenida se rompió por primera vez.

Ya le explicaría con lujo de detalles todo eso a su dulce gemela, pero, por ahora, lo más urgente era comenzar cuanto antes con el entrenamiento de la muchacha; o, de lo contrario, ella no estaría preparada a tiempo para combatir el inmenso poder de la Legión de los Olvidados...

XIV. Galatea

Hashim fue un príncipe árabe, joven y vigoroso, de la antigüedad. De alta estatura y musculosa complexión; con unos expresivos ojos, tan negros como las noches sin luna; castaños cabellos ensortijados; piel canela y carnosos labios de sonrisa permanente. Su padre, el gran rey Badran, se sentía muy orgulloso de tener un hijo como él, pues aquel joven príncipe no solo era apuesto y fuerte, sino que también era un gran líder. Nunca tenía que alzarle la voz a nadie o recurrir a las amenazas para que sus peticiones fueran obedecidas con gusto y presteza por todos los sirvientes del palacio. Además, poseía talentos artísticos sobresalientes para la pintura, la música y la danza. Cualquiera de las princesas de los reinos vecinos se casaría con él sin dudarle, pero Hashim parecía no mostrar interés alguno por las doncellas casaderas que asistían a los suntuosos banquetes reales que organizaba su padre dos veces al mes. No importaba cuán seductoras fuesen las miradas o cuántos halagos escucharan sus oídos, ninguna de aquellas damiselas lograba cautivar el corazón del muchacho. Su padre lo reprendía a cada segundo por haber adoptado esa actitud de indiferencia, y lo sentenció a que si no escogía para sí al menos una esposa antes de su vigésimo cumpleaños, se vería forzado a escogerla por él, sin darle cabida a posteriores reclamos. El príncipe ni se inmutaba, solo escuchaba en silencio y se marchaba tan pronto como su progenitor terminaba de sermonearlo.

Para despejar un poco su atribulada mente, Hashim optaba por escabullirse del palacio a altas horas de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Había un estrecho pasadizo que conducía al exterior, cuya entrada se encontraba localizada justo debajo de su enorme camastro. La diminuta y casi imperceptible compuerta se abría si se introducía una llave de hierro, que el muchacho había hallado cuando era pequeño entre las polvorientas reliquias apiladas en el sótano real. Gracias a su incansable curiosidad y su sed de aventuras, le fue posible dar con aquel portal. En una de sus tantas excavaciones imaginarias, se había deslizado bajo su cama con una vela en la mano. La tenue luz generó un débil resplandor en el piso, lo cual llamó la atención del chiquillo de inmediato. Cuando se acercó para mirar cuál era el objeto que estaba causando el rebote de la luz, descubrió que se trataba de una representación tallada en plata del Ifrit, cuya boca estaba abierta, como resultado del gesto iracundo en su rostro. Al examinar con detenimiento la imagen, notó que su boca abierta tenía la forma de una cerradura. Probó si su llave de hierro encajaba en ella, pues siempre la traía consigo en el bolsillo interior de su túnica. Sus ojos se iluminaron cuando se produjo un ruidito que le permitió girar el cerrojo hacia la derecha. Desde ese día en adelante, tuvo vía libre para entrar y salir del palacio cada vez que se le antojase.

En una noche más cálida de lo normal, Hashim se paseaba por las solitarias callejuelas de la zona más pintoresca del pueblo. El oscuro escenario lucía bastante calmado, ya que no soplaban el viento. No había ningún transeúnte o tan siquiera algún viajero foráneo que estuviese de paso por allí. Sin embargo, a lo lejos, si se aguzaba lo suficiente el oído, podía escucharse un hermoso canto tribal. El joven príncipe se percató de aquello, así que se apresuró, dando grandes zancadas hacia el punto de donde creía que venía el sonido melodioso. Se quedó atónito al contemplar a quien entonaba llena de alegría una canción muy popular de la época. Una muchacha gitana danzaba al compás de un pandero que agitaba con su mano derecha. Su exótica belleza era incomparable. Poseía una larga cabellera de exuberantes rizos negros que le acariciaban su finísima cintura con cada paso que daba. Su piel era tersa y de tonalidad

olivácea, y en su lustrosa mirada parecía haber capturado una porción del océano. Al saberse observada por un caballero, la chica giró su cabeza con suavidad y clavó sus penetrantes orbes celestiales en los de Hashim. El impacto emocional en él fue inmediato. Supo en su corazón que esa joven era la que había estado buscando.

Su nombre era Anwar. Entre su gente la conocían como una increíble cantante y bailarina, pero por sobre todas las cosas, ella destacaba debido a sus inusuales poderes de clarividencia. Nadie le había enseñado nunca sobre las artes de la adivinación; era una habilidad que poseía de nacimiento. Esas cualidades fascinaron aún más al joven príncipe, hasta el punto de que se obsesionó con la bella gitana. No pensaba más que en volver a verla, por lo que empezó a salir del palacio a todas horas, sin tomar las debidas precauciones ni preocuparse por las consecuencias de sus actos. Un día desafortunado, cuando él estaba por llegar a su cuarto, la mujer que hacía la limpieza de sus aposentos entró sin avisar, sorprendiéndolo justo en el instante en que abría la compuerta bajo la cama e ingresaba de nuevo a la habitación. La sirvienta gritó a todo pulmón, presa de un enorme asombro, lo cual atrajo la atención de los guardias que custodiaban esa área. El informe de lo sucedido no tardó en llegar a oídos del rey, quien se llenó de gran cólera ante la desobediencia y las mentiras de su hijo. Por esa razón, le prohibió seguir saliendo del palacio si no tenía autorización y una escolta apropiada. Hashim lloró con amargura por semanas, pues sabía que si salía de la manera en que el soberano estipulaba, la guardia real lo detendría si intentaba acercarse a Anwar, una simple plebeya gitana. No tenía forma de comunicarle a ella lo que estaba sucediendo, ya que lo tenían vigilado día y noche, desde el instante en que la sirvienta lo descubrió. Su hermoso romance había acabado.

La joven entró en desesperación cuando el príncipe dejó de venir a verla. También lo amaba con todo el corazón y no entendía por qué la había abandonado sin siquiera despedirse. Y para hacer aún más grande su desdicha, un mes después de que las visitas del muchacho cesaron, se dio cuenta de que llevaba a un hijo de él en sus entrañas, quien, de seguro, tendría que nacer y crecer sin un padre a su lado. Ella no tenía mucho dinero, pues solo contaba con lo poco que las personas que veían su espectáculo de canto y baile podían darle. ¿Cómo haría para darle de comer a su hijo? ¿Quién iba a cuidárselo mientras trabajaba? ¿Por qué Hashim, quien le había jurado que la amaba, la dejó sola y sin explicaciones? Todas esas interrogantes causaron que Anwar se llenara de dolor, amargura y resentimiento.

Una noche muy ventosa, mientras la gitana dormía recostada en el piso de su tienda, un fuerte susurro la hizo despertar sobresaltada. A escasos centímetros de ella, una extraña criatura la observaba desde la penumbra con una sonrisa maliciosa en sus blanquecinos labios.

—Comprendo a la perfección la rabia y el dolor que embargan tu ser. Ese cobarde y despreciable muchachito solo fingió amarte, para que así le permitieras hacerte suya, y cuando se dio cuenta de tu embarazo, decidió abandonarte, ¿no es cierto? Pobre de ti... Pero no te preocupes, yo estoy aquí para ayudarte. Tan pronto como hayas dado a luz, vendré a visitarte otra vez, bella Anwar —fue lo que le dijo la criatura, justo antes de desaparecer.

La joven jamás imaginaría que aquella visitante que recibió en su tienda no era humana. Se trataba nada más y nada menos que de Nahiara, reina de la Legión de los Olvidados. Unos momentos antes de despertarla, la Nocturna había introducido con sumo cuidado sus afiladas uñas en el pecho de la muchacha, casi sujetándole su corazón y, tras pronunciar unas palabras inaudibles, comenzó a transfundirle gran parte de su sangre. Con aquel conjuro especial, Nahiara logró que el niño que la gitana esperaba llevara su sangre, aunque no lo hubiese

engendrado ella misma. Cuando el bebé nació, volvió a visitar a Anwar, tal y como se lo había prometido. Esta vez se dejó ver por completo, lo cual espantó un poco a la muchacha, pero no lo suficiente como para que deseara huir. Quería saber qué era lo que aquella extraña criatura tenía que decirle.

—He vuelto a ti, pues siempre cumplo mis promesas. Tengo dos propósitos al visitarte. El primero es darte una gran felicitación por el nacimiento de tu hijo. El segundo consiste en hacerte una oferta que les asegurará un buen futuro a ambos —declaró, con dulzura, Nahiara.

—Adelante, te escucho, extraña amiga —respondió la gitana, usando su tono más frío.

—Muy bien, ya que noto tu impaciencia por escuchar mi oferta, iré al grano. Puedo ofrecerte la inmortalidad y también asegurarme de que una familia amorosa y pudiente se encargue de criar al niño. Lo único que debes hacer es entregarme tu corazón humano y unirse a mi Legión. Serás investida con gran autoridad, solo por debajo de mí. Ya no volverás a sufrir nunca más, y tu bebé tendrá todo lo que necesita por el resto de sus días. ¿Qué dices? ¿Aceptas el trato? —preguntó la Nocturna, con sumo interés.

—No tengo nada que perder y parece que hay mucho que ganar contigo. Está bien, que todo sea conforme a tus palabras —se apresuró a contestar la muchacha.

Así fue entonces como nació la primera integrante de la Legión de los Olvidados, quien, con el paso del tiempo, cambió su nombre por uno que estuviese más acorde con la esencia de su ser: Galatea. Al estar desde el principio junto a Nahiara, conoció de primera mano, y con lujo de detalles, todos los poderosos conjuros y rituales que realizaba su soberana. Solo unos pocos de entre todos los que respondían al llamado de la Legión eran escogidos para servir como reclutadores de nuevos miembros, privilegio del que gozaba Galatea, además de ser la segunda al mando. Tras algunos años de práctica, ella logró desarrollar sus propios encantamientos, el más destacado de los cuales consistía en marcar a las personas en la frente con su dedo índice izquierdo. La marca que estampaba podía ser un triángulo negro o un rombo rojizo. El triángulo borraba por completo la memoria, quedando la mente de quien fuese sellado en blanco. De esa manera, ella creaba a los guerreros de la Legión, seres que, al no poseer recuerdo o conocimiento alguno, obedecerían sin titubear cualquiera de sus órdenes. Por otro lado, el rombo cumplía con la misma función de borrado, pero además sustituía todas las memorias que borraba por unas muy distintas a las originales, para así poder darle una nueva identidad al individuo sin que este se percatase de ello. Con esa técnica, obtenía fieros comandantes para los guerreros, puesto que les daba las memorias distorsionadas de influyentes conquistadores de todas las eras de la humanidad. Ellos creerían que su deber era avasallar a los ejércitos enemigos para expandir los dominios de sus respectivos imperios, sin saber que en realidad estarían trabajando para Nahiara.

No obstante, ni comandantes ni guerreros serían liberados de las cámaras subterráneas donde aguardaban dormidos, hasta que la soberana de Los Olvidados lo considerase oportuno. El ejército debía estar completo para poder sellar el pacto de Nahiara con los Nocturnos, el cual desencadenaría la gran maldición de las tinieblas. Cuando el sello que Galatea imprimió en Dahlia terminara de cumplir con su propósito, todo estaría listo para que pudieran traer a Nahiara de vuelta y así concretar su anhelada venganza...

XV. Rosas blancas

Muchas centurias atrás, los bosques, montañas, llanuras, desiertos, selvas, ríos y mares eran custodiados por unos míticos e imponentes seres. Kylmä, el azulado dragón bicéfalo de alas blancas, se encargaba de traer el invierno, no sin antes cerciorarse de proteger a la vegetación y los animales de los bosques para que no perecieran, a causa de las copiosas nevadas y las fuertes ventiscas. Él mantenía una estrecha amistad con las hermosas Sílfides del Atardecer, pues las había visto nacer y crecer a su lado. Su relación era tan cercana que muy a menudo se los veía juntos surcando los cielos nocturnos, posados sobre las iridiscentes faldas de la Aurora Boreal, prima mayor de las siete doncellas. Reían a carcajadas y se abrazaban a más no poder, haciendo de sus frecuentes travesías una experiencia muy agradable.

Para celebrar el milésimo cumpleaños del dragón, las damas decidieron hacerle unos obsequios muy especiales. A partir de una mezcla de agua marina con un mechón de los cabellos de cada una de las siete hermanas, ellas crearon instrumentos musicales que llegaron a ser legendarios: el Flautín del Ensueño, para mantener viva la fantasía; la Gaita Palpitante, para devolverle el latido de la esperanza a los desdichados; el Arpa de Fuego, para que las hogueras de los pobres nunca se apagaran; el Rabel Luminoso, para guiar a los niños por el camino correcto; la Lira del Despertar, para que todos los talentos de las personas pudiesen fluir con plena libertad; la Ocarina Hipnótica, para ayudar a los angustiados a conciliar el sueño; y el Laúd de las Sonrisas, para que la alegría jamás abandonase a la humanidad.

Kylmä estaba encantado con aquellos incomparables regalos, y para poder darles el uso más apropiado, decidió fundar *La Orden del Péndulo Celestial*. Dicha orden se encargaría de hacer llegar las extraordinarias melodías a todos los rincones del planeta. El mismísimo dragón seleccionó a cuatro hombres y tres mujeres con habilidades sobresalientes para las artes: Vincent, Fenrisulf, Gustave, Jokull, Syphiel, Karalee y Elin. Los siete elegidos fueron entrenados desde su tierna infancia para que fueran capaces de dominar a la perfección las cien sinfonías que podían ser producidas con cada uno de los instrumentos musicales. Una vez que concluyeron su adiestramiento, se dispersaron y viajaron por todo el orbe en busca de las personas que requirieran de sus melodías. Cada vez que uno de ellos utilizaba sus poderes mágicos, crecían a su alrededor enormes campos, con cientos de miles de exuberantes flores, llegando a cubrir hasta diez kilómetros a la redonda. El flautín de Vincent hacía crecer claveles rojos; la gaita de Fenrisulf, azucenas amarillas; el arpa de Gustave, orquídeas azules; el rabel de Jokull, magnolias rosadas; la lira de Syphiel, rosas blancas; la ocarina de Karalee, crisantemos naranja; y el laúd de Elin, tulipanes violeta. Además, todas las veces que se utilizaban, los instrumentos brillaban un poco, emitiendo un resplandor del mismo tono de las flores que cada uno producía.

De todos los miembros de la Orden, solo la apacible Syphiel decidió contraer matrimonio con Christoffer, un muchacho de su tierra natal que había sido amigo suyo desde que tenía memoria y siempre la había apoyado en todo. Ambos estaban encantados con la idea de que la muchacha pudiese ayudar a la gente a potenciar sus habilidades para luego compartirlas con los demás. Christoffer acompañaba a su esposa en la mayoría de sus viajes, pero a veces se separaban por periodos cortos, para permitirle a él ejercer su profesión como herrero. A los pocos meses de casados, ella quedó encinta, pero eso no le impidió continuar con la misión que le había encomendado la Orden, ni su esposo se opuso a ello, sino que más bien la exhortó a hacerlo.

Por aquellos días, Moa, una joven aprendiz de hechicería, comenzó a hacer experimentos en los que usaba varias combinaciones distintas de encantamientos prohibidos, haciendo caso omiso de las enérgicas advertencias de las autoridades de su escuela de magia. Todos los encantamientos prohibidos constituían una grave amenaza tanto para quien los desarrollara como para quien fuera objeto de sus nocivos efectos. Uno de esos experimentos contaminó el organismo de Moa, a tal grado que nunca más pudo abandonar las catacumbas en las que ocultaba los espantosos resultados de sus pruebas. No soportaba recibir luz de ningún tipo, ni podía respirar aire fresco, pues eso le causaba intensos dolores de cabeza e hinchazón en sus extremidades, además de unos deseos incontrolables de asesinar sin piedad a toda persona o animal que se cruzase por su camino. A menudo, se escuchaban terribles gritos y lamentos provenientes de esas cuevas, pero ningún habitante de la zona se atrevía a acercarse a ese lugar, por miedo a que fuese una trampa para inspirar compasión y que, una vez allí, algo o alguien los atacara.

Cuando Syphiel, por casualidad, visitó aquel poblado, unos niños se le acercaron y le contaron lo que sabían acerca de los misteriosos y lastimeros ruidos, que tenían en constante zozobra al pueblo entero. Ella, muy amable, se ofreció a visitar las cuevas e investigar la causa. Vadeó una colina y se adentró en los bosques que circundaban las afueras de la pequeña ciudad, en donde le habían dicho que podría encontrar las famosas grutas. Se aproximó con sigilo y se quedó quieta. No tardó mucho en comprobar la veracidad de las palabras de los aldeanos, pues un estridente chillido de dolor que emanaba del interior de la tierra la hizo sobresaltarse. Aunque le temblaban las piernas y un sudor frío le recorría el rostro entero, tomó fuerzas al pensar en el bienestar de los habitantes del pueblo, y entonces decidió entrar al sitio. Cuando llegó a las profundidades de la caverna, un hedor mohoso inundó sus narices y la hizo toser sin control. Casi no se podía ver nada, por lo que decidió tocar una suave melodía, la cual le serviría para generar un poco de luz, que le permitiría orientarse mejor. Unos minutos después, Moa detectó la presencia del intruso y se enfureció muchísimo debido al molesto ruido y la irritante luminosidad que traía consigo. No podía creer que alguien osara a irrumpir en su hogar y quitarle la paz. Se incorporó, a duras penas, y fue a encarar al entrometido. Al notar que era una mujer embarazada, se le vino a la mente un encantamiento específico para maldecir a su hijo no nacido.

—Con el poder que me confieren los seres que residen en las más densas tinieblas, te maldigo. El fruto de tu vientre acarreará desgracia, sufrimiento y dolor para toda la humanidad. Llevará en su alma la marca del rencor... Y si no quieres una doble maldición, aléjate en este instante, y quizás te perdone la vida —exclamó la furibunda Moa.

Syphiel obedeció sin dilación, y corrió despavorida hacia el pueblo. Cuando por fin llegó, cayó desmayada enfrente de una casa de madera. Una viejecita salió de allí un rato después y, al percatarse de que había una joven preñada tirada en el suelo, se apresuró a pedir ayuda para levantarla y llevarla al único médico del lugar para que la examinara. La auscultación no indicaba que hubiese ningún daño en la madre o en el niño, así que fue dada de alta, pero se le recomendó reposar unos días. La anciana se ofreció a hospedarla mientras recuperaba sus fuerzas para continuar viajando. Syphiel agradeció muchísimo las atenciones de la señora, pero no se atrevió a contarle ni a ella ni a nadie más sobre el terrorífico episodio en las cuevas. Dos semanas después, la muchacha emprendió el regreso hacia su tierra natal, para quedarse allí unos meses junto a su esposo.

Todo apuntaba a que la maldición de Moa no había sido verdadera, pues Syphiel no sentía ningún tipo de cambio en su cuerpo. Sin embargo, el consejero real de su nación comenzó a

tener visiones premonitorias sobre ella dando a luz un engendro siniestro que destruiría a su pueblo y traería consigo incontables desgracias. Sin dilación, le contó al rey lo que había visualizado, y este, atemorizado en sumo grado, envió varias de sus mejores tropas para que se encargaran de prender a la joven para matarla. Uno de los sirvientes del castillo, quien era muy amigo de Christoffer, escuchó el edicto del rey y entonces corrió a enviarle una paloma mensajera a su camarada para avisarle sobre lo que pretendían hacer con Syphiel. Tan pronto como le llegó el mensaje, Christoffer alertó a su consorte para que huyera y se ocultara en la casa de campo que ambos habían construido en medio del bosque. Él permanecería en el pueblo para distraer a la guardia real y desviarla por otro camino.

Cuando los soldados llegaron, venían acompañados de una turba de aldeanos que querían ayudar a cazar a la joven y a su engendro maldito. Cuando se encontraron con que no había ni rastro de ella, le exigieron a su esposo que les dijera dónde la ocultaba, pero él les dio una dirección falsa. No tardaron en percatarse de que habían sido engañados, por lo que algunos campesinos regresaron al pueblo y asesinaron a pedradas al mentiroso. Mientras tanto en la casa de campo, Syphiel comenzó a tener dolorosas contracciones y fuertes espasmos, acompañados de fiebre y vómito; a pesar de que aún le restaba un mes y medio para el parto. Estaba muy debilitada como para moverse y salir a pedir ayuda. Dándose cuenta de que quizás moriría muy pronto, tocó una canción de cuna como regalo de bienvenida al mundo y de despedida de ella para su bebé. Dio a luz por la noche, cuyo cielo despejado exhibía una preciosa luna llena que iluminaba con intensidad las miles de rosas blancas que circundaban a Syphiel y a su hija, a quien sostuvo por unos muy breves instantes en sus brazos y le puso por nombre Nahiara. Poco después, la desdichada joven exhaló, con la pequeña estando aún en su seno...

Varios años después de aquel trágico acontecimiento, Nahiara regresó al sitio donde nació, con el objetivo de buscar el cadáver de su madre y así averiguar más sobre su pasado. Posó sus manos sobre las sienes del deteriorado cuerpo de Syphiel y estableció una conexión espiritual que le permitió ver todas las memorias que ella guardaba. Las crudas imágenes que vio llenaron a Nahiara de un odio todavía mayor del que ya había en su corazón, agregando así un motivo adicional para vengarse de la humanidad. A manera de honra para su fallecida progenitora, la Nocturna decidió comenzar a utilizar las rosas blancas como el emblema oficial de la Legión de los Olvidados...

XVI. Obsequiando sufrimiento

Por fin llegó el tan esperado primer día de clases en el jardín de niños Early Edge California, en donde la amigable y sonriente Dahlia había sido inscrita. Le entusiasmaba mucho la idea de conocer a otros niños y niñas de su edad, porque así tendría con quienes compartir hermosos ratos de juegos y risas. Déneve le había preparado un sabroso emparedado de carne para que se lo llevara en su lonchera rosa, tapizada con pequeños unicornios turquesa. La diminuta jovencita no podía parar de saltar y de agradecer a sus padres por otorgarle esta increíble oportunidad de tener numerosos amigos. Después de estamparle un gran beso en ambas mejillas a su madre, la rubia corrió lo más rápido que pudo hacia la cima de las colinas que circundaban su casa; pues del otro lado de estas, el puntual autobús escolar, exclusivo para estudiantes de su jardín de niños, pasaría a recogerla.

Su casa era el punto que daba inicio a la trayectoria que debía seguir el autobús a diario, así que ella se puso aún más contenta de lo que ya estaba, pues siendo la primera en subir, podría darles la bienvenida a todos los chicos que abordasen luego. Después de saludar con efusividad al conductor, Dahlia se sentó justo detrás de él. Le pareció un poco extraño que el hombre no le contestara nada, y que ni tan siquiera girara su cabeza para mirarla a la cara. Sin embargo, le restó importancia a eso y se concentró en la puerta. Desde su asiento, podría ver muy bien a cualquiera que pasara por allí. Deseaba ser ella la primera en trabar amistad con todos sus compañeros. Al menos esa era la idea que daba vueltas en su mente, pero, uno a uno, los otros chiquillos fueron apareciendo, y ninguno de ellos parecía compartir los simpáticos pensamientos de la rubia.

Primero Andrew, luego Mary, seguido de Jack, Hanna, Timothy y Rebecca... Los chicos subían e intercambiaban sonrisas con Stephen, el chofer, y luego pasaban justo al lado del asiento donde estaba Dahlia. Daba la impresión de que todos pertenecían a una escuela para sordos, pues, por más fuerte que ella les hablaba, no le correspondían sus saludos. Ni siquiera uno se dignó a mirar en la dirección de la pobre chica. Era como si se hubiesen puesto de acuerdo antes para pretender que ella no existía. Y las cosas no mejoraron, ni mínimamente, al llegar al salón de clases. Todos esperaban de pie afuera, mientras llegaba la encargada del grupo, conversando muy animados entre ellos. Había una gran algarabía en el ambiente y se escuchaban carcajadas a diestra y siniestra. Muchos de los chiquillos correteaban y se daban empujones, mientras otros tantos degustaban algunos de los dulces de cereza y manzana que sacaban de las bolsitas de tela que el director de la institución, el señor Palmer, les obsequió a todos, a manera de recibimiento. Pasaron decenas de chiquillos frente a Dahlia, casi a punto de chocar contra ella en varias ocasiones, pero seguían tratándola como a un poste o una pieza de mobiliario. Nadie parecía reconocer que ella estaba allí, con los puños cerrados, temblorosa, haciendo un enorme esfuerzo para no prorrumpir en lágrimas y salir huyendo...

Cuando por fin apareció en escena la regordeta señorita Duncan, lo primero que hizo fue corroborar que todos los chicos y chicas de la lista de su grupo asignado, el 1-C, estuviesen presentes, llamándolos en voz alta, según el orden alfabético. Después de leer un nombre, la maestra esperaba a que acudiera ante ella el niño o la niña que había sido convocado, le regalaba una amable sonrisa y una palmadita en la espalda, y lo invitaba a pasar y sentarse. Cada asiento tenía en su respaldar un adorno colgante en forma de elefante, con el nombre y el apellido de algún pequeño escrito en mayúsculas. Después de esperar unos cuantos

minutos, los cuales fueron una torturadora eternidad para la diminuta rubia, la maestra la llamó, puesto que era la última persona del listado.

—Dahlia Woodgate... ¿Te encuentras aquí? —inquirió la señorita Duncan, mirando hacia todos lados con incredulidad.

—Sí, señorita. Soy yo, aquí estoy —respondió Dahlia, en voz baja.

—Vuelvo a preguntar... Dahlia Woodgate, ¿te encuentras aquí? —repitió la contrariada maestra, con el ceño fruncido.

—Sí, señorita. ¿Es que acaso no puede escucharme? —La chiquilla formuló la pregunta mientras sujetaba con suavidad el brazo derecho de la educadora.

—Ah, ¡perdóname, nena! No te había visto... Puedes pasar adelante y sentarte. Tu lugar es aquel que está al fondo, junto a la ventana —indicó la mujer, mientras señalaba el único asiento vacante con un leve movimiento de su cabeza.

Para Dahlia no hubo ninguna sonrisa o palmadita en la espalda como las que habían recibido el resto de sus compañeros. La señorita Duncan exhibía un semblante muy desencajado. Contempló el caminar pausado de la niña con sus ojos muy abiertos. Su respiración era dificultosa y las manos estaban comenzando a sudarle. Cuando quiso entrar al salón, no pudo levantar los pies del suelo y sintió que todo a su alrededor daba rápidas vueltas. Se sujetó la cabeza con fuerza y cerró los ojos, tratando de calmarse a sí misma para no alarmar a los niños. Al pasársele un poco el mareo, poco a poco trató de separar sus pesados párpados. No podía ver más que unos manchones grisáceos nublándole su campo de visión. De repente, se desplomó frente a sus estupefactos estudiantes, golpeándose su cabeza contra la brillante cerámica del piso. Varios chicos salieron del aula en tropel para buscar ayuda, mientras los demás rodeaban a su maestra e intentaban despertarla. La sacudían con delicadeza y le hablaban al oído, pero no reaccionaba. Unos diez minutos después, el director y dos paramédicos llegaron al sitio. Mientras los especialistas en primeros auxilios levantaban del suelo a la, todavía inconsciente, señorita Duncan y la colocaban en una camilla para llevarla directo al hospital, el señor Palmer se encargó de calmar a los niños, asegurándoles que su maestra estaría recuperada de su malestar muy pronto.

Aquel fue solo el primero de una larga cadena de terribles incidentes. Con cierta frecuencia, en varios lugares de la institución, mucha gente se alteraba hasta el punto de comenzar a gritar, patear y llorar sin control. Otros palidecían y se desmayaban sin razón aparente. Se sometió a exámenes médicos a toda la comunidad estudiantil, docente, administrativa, de seguridad y de limpieza del Early Edge California. No se detectó ninguna bacteria o virus que pudiese estar ocasionando los frecuentes cuadros de histeria y los desvanecimientos. Ninguno de los expertos de la salud que se atrevió a analizar este insólito caso fue capaz de proveer una explicación racional... Le tomó bastantes años a Dahlia percatarse de que era ella quien había ocasionado la indisposición de la señorita Duncan y también las subsiguientes desgracias de muchos de sus compañeros y de algunos de sus otros docentes...

Cualquier hombre o mujer por cuyas venas corriese la sangre de Nahiara tendría una particularidad. Así como los estados de ánimo de la Nocturna condicionaban lo que le sucedía a quienes tuviesen contacto físico con ella, lo mismo pasaría con sus descendientes, aunque a una escala mucho menor. Si Nahiara experimentaba tristeza, ansiedad, irritabilidad, humillación, asco, pánico o cualquier otra emoción negativa, y alguien común la tocaba en ese momento, de inmediato esa persona recibía una potente descarga de energía oscura.

Las reacciones ante dicha energía eran muy diversas, puesto que dependían tanto de la constitución física del receptor de la descarga, como de la intensidad de la emoción que experimentase quien la emitía. Si la persona que recibía la energía oscura era un niño, un anciano, un enfermo o alguien muy frágil, los efectos podían llegar a ser tan adversos que hasta cabía la posibilidad de que perdiera la vida. Y cuanto más profundo y duradero fuese el sentimiento nocivo del emisor de la energía, más poderosa sería su descarga. Las personas o criaturas con habilidades extrasensoriales no solo podrían percibir la presencia de la energía oscura de los Nocturnos y sus semejantes, sino que también podrían verla. Un aura neblinosa se manifestaba alrededor de su portador, pasando por distintos matices de la gama grisácea hasta llegar al negro, siendo este último color la clara señal de un enorme peligro para cualquiera que se encontrase demasiado cerca.

Dahlia poseía una copia casi exacta del ADN de Nahiara, lo cual hacía que su energía oscura fuera muy poderosa. Sus emociones negativas afectaban de manera notoria a quien la tocara durante sus episodios nefastos y, aunado a eso, su organismo actuaba como un imán que absorbía poco a poco la serotonina de los demás. Sin importar si había o no contacto físico con ella, su sola presencia repelía a las personas de forma automática. Si la rubia no estaba feliz, más se potenciaba su capacidad de absorción de serotonina ajena, lo cual ocasionaba que la gente se mostrase indiferente ante su existencia, casi como si ella fuese invisible. Solo quienes estuviesen emparentados biológicamente con Dahlia serían inmunes a los efectos de sus temibles fuerzas, lo cual reducía su círculo de relaciones a un escaso puñado de gente. Así es como ella terminó por hacerse amiga íntima de un estanque inanimado, cuando su madre, quien era su única amiga, partió de este mundo...

XVII. Los doce páramos de la destrucción

Después de derramar algunas lágrimas de alegría y de estar unidos en un prolongado abrazo, padre e hijos dirigieron sus miradas hacia Sherezade, quien había estado de pie contemplando la enternecedora escena en perfecto mutismo. Los tres le sonrieron y le hicieron una respetuosa reverencia a quien les había ayudado tanto. Dahlia se aproximó despacio a la Keijukainen, se arrodilló y tomó las manos de esta en las suyas, cubriéndoselas de tiernos besos. Ante ese gesto de la niña, la doncella se inclinó hacia el frente y le acarició los cabellos con un aire maternal, mientras que con sus ojos afables y tranquilizadores le daba a entender que sentía tanto afecto hacia ella como el que sentía por Milo. La rubia estaba tan agradecida con la poderosa dama que no pudo evitar estrecharla con fuerza entre sus brazos, siendo correspondida de inmediato, lo cual sin duda le infundió un poco de las fuerzas y la seguridad que tanto necesitaría.

Mientras se abrazaban, no dejaron de mirarse, como si fuesen un par de amigas que conversaban de esa manera. Pasaron varios minutos, y ambas seguían prodigándose hermosas muestras de cariño fraternal. Aunque les hubiese encantado permanecer juntas por más tiempo, Sherezade consideró que había llegado el momento de despedirse. Pero antes de que partieran, convocó a Milo en privado y le dio unas instrucciones muy detalladas acerca del entrenamiento de su hermana, el cual debía comenzar lo más pronto que fuese posible. El chico estuvo de acuerdo con todas las aserciones de la doncella, así que procedió a hacer los arreglos necesarios para que todos pudiesen marcharse con rapidez.

Cuando estuvieron de vuelta en casa, Emil decidió que sería mejor si tanto él como los chicos se daban unos días libres de cualquier tipo de obligación. Habían atravesado muchísimos cambios abruptos en sus vidas, por lo que, en definitiva, les vendría muy bien descansar un poco y comenzar a prepararse para los importantes eventos que se avecinaban. Lo primero que hicieron fue sentarse a desayunar juntos, mientras conversaban de manera amena, pero tomándose los asuntos con mucha seriedad. Dahlia fue la primera que tomó la palabra, pues sentía unos enormes deseos por conocer hasta el más pequeño detalle de la vida y habilidades de Milo.

—Oye, Milo, por favor, cuéntame qué fue lo que pasó desde que llegaste. Hay tantas cosas que aún no comprendo sobre ti... Lo harás, ¿verdad? —La chiquilla hizo aquella pregunta mientras arrugaba la frente y bamboleaba las piernas, mostrando a las claras su impaciencia.

—Claro que sí, te lo mereces. Esta vez lo diré todo, como lo había prometido antes. ¿Por dónde quieres que empiece? —respondió Milo, al tiempo que una expresión juguetona se le dibujaba en sus finos labios.

—Pues, me gustaría que me expliques lo del estruendo que escuché en el pasillo y por qué tu cuerpo se sentía como si estuviese hecho de piedra cuando choqué contigo.

—Verás... Yo casi corría hacia la banca donde estabas. Me sentía muy feliz de estar contigo, pero me daba un poco de nervios el imaginarme la reacción que tendrías cuando supieras quién soy yo en realidad, y eso en sí ya me tenía bastante turbado. Aunado a ello, durante el trayecto y no muy lejos de allí, vi a una chica pelirroja muy bonita caminando solitaria. Ella iba escuchando música por medio de unos grandes auriculares verdes, y la canción que sonaba en aquel momento de seguro le gustaba mucho, pues sonrió de oreja a oreja. De repente, sentí

un extraño calor en el rostro, se me aceleró el pulso y comencé a sudar frío. Jamás había experimentado nada semejante, no entendía qué me estaba pasando. Por un momento, permití que la confusión en mí fluyera sin control alguno, y eso hizo que perdiera la concentración que me permite mantener la apariencia y la masa corporal de un ser humano común. Lo que más me preocupó al percatarme de que mi escudo se había resquebrajado era que alguien viera mi verdadera apariencia, por supuesto. Entonces me enfoqué por completo en recuperar mi forma primero, ya después estabilizaría mi masa. Un solo paso que di en ese estado fue suficiente para causar ese sonoro estruendo que te sobresaltó. Cuando llegaste, aún no había logrado terminar de equilibrar mi masa, y por ello mi cuerpo estaba tan duro y pesado como un asteroide.

—¡Impresionante! Si no hubiese visto tu verdadera forma con mis propios ojos, nunca te hubiese creído ni una sola palabra de lo que me estás diciendo.

—Lo sé, Dahlia. Siempre has sido una persona muy analítica, alguien que lo cuestiona todo.

—¿Cómo es que puedes describir mi personalidad con tanta exactitud, si nosotros no crecimos juntos?

—Eso sucede porque tengo una conexión psíquica y onírica muy leve contigo. Unas cuantas veces al día, puedo ver y sentir lo mismo que tú estás viendo o sintiendo, ya sea en la realidad o en tus sueños. Esas conexiones duran solo unos pocos segundos cada vez que suceden. Pero al haber sido tantas las veces que he tenido esas breves visiones, ellas me han permitido conocerte mejor.

—¿Y puedes controlar esas visiones? Quiero decir, ¿puedes detenerlas o extender su duración?

—No, no las puedo controlar. Van y vienen en cualquier momento. Hay días en que tengo hasta siete u ocho visiones, y hay días en que no tengo ninguna.

—Me parece que esto es algo sorprendente. Me gustaría que esa conexión funcionase conmigo también. Sería genial ver lo que tú ves cuando estás con Sherezade... Y dime, ¿cómo funciona eso que haces cuando me sostienes de la cintura? Ese destello dorado me resulta fascinante.

—Pues, tengo dos dimensiones portátiles conmigo. Están ubicadas dentro de cada una de mis pupilas. Si te acercas lo suficiente, te darás cuenta de que, aunque son diminutas, son visibles. Tienen nombre propio. La dimensión del jardín se llama Hedelmätarha, y la dimensión donde está Sherezade se llama Loimu. Puedo acceder a ellas cuando me plazca, pero si decido llevar a alguien allí, debo sujetar con firmeza a esa persona para que no haya riesgo de que se pierda en el camino y se encuentre con el vórtice de alguna dimensión errante, donde podría acabar siendo succionada por accidente. Y también debe verse a los ojos en todo momento. De esa manera, puedo activar una barrera que repele un poco la inconmensurable fuerza del resplandor estelar ocasionado cuando se entra o sale de allí, dado que esa luz puede cegar e incluso matar a los seres humanos. En las dimensiones portátiles, el tiempo transcurre al mismo ritmo que el de la Tierra, pero estas tienen una característica muy especial. Al salir de ellas, puedes escoger el punto temporal al cual quieres regresar. En otras palabras, es posible decidir si quieres volver al mismo día y hora exacta en que partiste; o si, por el contrario, deseas retornar tantos minutos, horas o días después del momento en que ingresaste; lo que por lógica simple dependerá de la duración del periodo en que hayas permanecido dentro de la dimensión. En nuestro caso, siempre elijo volver al mismo momento en que nos fuimos.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué maravilla! Por eso hacías todo ese extraño ritual cada vez que me ibas a llevar ahí... ¡Es genial! Y yo que pensaba que el pan rancio del almuerzo me estaba causando alucinaciones —comentó Dahlia, entre ruidosas carcajadas, a las cuales no tardaron en unírseles las de Milo.

Emil observaba la animada conversación de sus hijos con mucho interés, sin interrumpirlos tan siquiera con su respiración. Mientras tanto, les preparaba unos apetitosos panqueques con miel, acompañados por un refrescante jugo de naranjas naturales, recién cultivadas del huerto familiar. Intentaba quedarse callado, pues quería que Dahlia y Milo tuvieran la oportunidad de hablar entre ellos tanto como quisieran. Sin embargo, su instinto paternal lo hizo romper su voto de silencio.

—Muchachos, ¡disculpen que los interrumpa! Hijo, ¿puedes venir un momento a la cocina? Ya casi te lo devuelvo, Dahlia —exclamó el joven padre, tratando de sonar relajado.

—Claro, voy para allá —respondió el chico, con presteza.

Estando ya lejos del alcance de los oídos de la rubia, los hombres de la casa pudieron hablar con mayor libertad, aunque en voz muy baja, dado que ninguno deseaba alterarla si no era necesario.

—Me encanta ver que ustedes dos han logrado llevarse bien en tan poco tiempo, y ojalá pudiéramos tomarnos las cosas con calma. No quiero presionarlos u obligarlos a nada, pero en verdad me preocupa lo que Sherezade me mostró, por lo que pienso que deberías empezar a preparar a tu hermana mañana mismo —expresó Emil, con un dejo de tristeza.

—Te apoyo, papá. Yo también estoy muy intranquilo, aunque procuro no demostrárselo a ella. Creo que lo mejor será que Dahlia duerma todo lo que resta del día de hoy, para que así tenga sus capacidades cognitivas y motoras al máximo de su capacidad. Enfrentarse a los desafíos de *los Doce páramos de la destrucción* es una misión muy compleja y peligrosa, pero es de vital importancia que ella pase por eso si queremos salvar su vida y el futuro de la humanidad. Yo salí airoso de esas pruebas, y aun teniendo sangre Keijukainen en mis venas, algunos de los páramos me resultaron más difíciles de superar que otros. Pero sé que ella puede lograrlo, es más fuerte de lo que aparenta —concluyó el muchacho, con un tono solemne.

—Un momento, Milo... ¿A qué te refieres con los Doce páramos de la destrucción? Sherezade nunca me dijo nada al respecto.

—Esos páramos se encuentran ubicados dentro de Solu, una dimensión oscilante en el corazón de la constelación de Cepheus, hogar de las estrellas púrpura. Es un sitio en el cual se le da capacitación a las guerreras como Sherezade para que puedan enfrentarse a cualquier tipo de adversario con una victoria asegurada. Cada uno de los páramos le presentará diversos retos a Dahlia, en los cuales deberá hacer uso de su facultad de raciocinio, de sus habilidades físicas y del control de sus emociones para superarlos. A nadie se le repiten las pruebas, pues se diseñan de manera especial para cada guerrero o guerrera, tomando en cuenta su personalidad, sus fortalezas y sus debilidades. No podré prever lo que mi hermana encontrará allí, solo podré mostrarle los principios básicos de supervivencia, y deberá hacerlo sola. Si no consigue culminar todas las misiones, existe el riesgo de que se quede atrapada para siempre en Solu e incluso podría perder la vida. Sin embargo, es la única esperanza que tenemos para derrotar a la Legión de los Olvidados.

—No me agrada para nada la idea de que Dahlia se exponga a tantas cosas terribles sin nuestra ayuda, pero si con eso podemos salvarla de las garras de Nahiara, pues que así sea.

—Entonces, no perdamos más tiempo. Pondré una *Perla regenerativa* en su jugo de naranja, como la que le di para dar fin a aquella horrible y dolorosa pesadilla... Por cierto, ella todavía no me ha revelado lo que vio... Pero bueno, ya me lo describirá después. Ahora necesita descansar.

Dicho eso, Milo ejecutó de nuevo el proceso de invocación de perlas. Puso su mano derecha sobre su ojo izquierdo, mientras pronunciaba unas palabras en el lenguaje de los Keijukainen. De su cuenca brotó una esfera idéntica a la que había utilizado para acabar con el mal sueño de Dahlia, con la única diferencia de que esta no brillaba, sino que era opaca. Al introducirla en el jugo, al instante se disolvió. El chico volvió a la sala muy sonriente, sosteniendo el vaso con aquel brebaje en ambas manos. Tan pronto como se lo ofreció a la rubia, ella se lo arrebató de las manos.

—Me muero de sed. Esto es justo lo que necesitaba. ¡Muchas gracias! —espetó la cándida muchacha, con entusiasmo.

Se bebió hasta la última gota de golpe, casi sin pausas para respirar. Tras ello, sentía que su cabeza le pesaba al menos unas diez toneladas. Sus párpados se cerraban sin que pudiese evitarlo y no paraba de bostezar. En menos de cinco minutos, estaba sumida en un profundo y placentero sueño.

XVIII. Tétricos sueños

Dahlia abrió los ojos poco a poco. Sentía como si hubiese pasado una eternidad inmersa en un pesado letargo. Todo a su alrededor estaba bañado por el tenue resplandor blanquecino de un sol distante, el cual trataba de abrirse paso sin éxito entre los densos bancos de nubarrones grisáceos que inundaban la atmósfera. Inmensos cúmulos de nieve cubrían la superficie de aquel suelo tan plano y desolado. De pronto, un aguacero torrencial acompañado de vientos huracanados desató su furia sobre ella. Los goterones magullaban su cabeza con tal intensidad e insistencia que por un instante creyó estar siendo lapidada. Sin embargo, la dolorosa sensación que le causaba el fuerte impacto de las lágrimas del cielo quedó relegada al olvido cuando percibió que no era agua sino sangre lo que llovía. Profirió un grito desgarrador, cargado de pánico. Su piel, sus cabellos y su ropaje se habían teñido en su totalidad con los ríos carmesí que anegaban aquel desierto helado. Ella pasó a ser solo una mancha rojiza más en aquella piscina de penetrante hedor metálico.

No reconocía ninguna de las raras escenas que contemplaba, pues nunca antes había estado en ese sitio, pero algo dentro de sí le decía lo contrario. Se sentía vigilada, más no por ojos humanos. Sin importar hacia dónde dirigiese sus miradas, era incapaz de saber en dónde se ubicaba la etérea criatura cuya presencia la perturbaba tanto. Pero de algo estaba segura: la energía que emanaba del ente era siniestra y asfixiante. La temperatura de su cuerpo comenzó a descender con brusquedad, ocasionándole unos incontenibles escalofríos que la recorrían de pies a cabeza. Su quijada castañeteaba de manera violenta, y el tono negruzco de sus labios mostraba, a las claras, que su sistema circulatorio no estaba funcionando. A ese paso, moriría en unos cuantos minutos.

De pronto, una agradable voz femenina, casi inaudible debido al estruendo de la tormenta, llegó a los oídos de Dahlia en forma de susurro. Sin razón aparente, un suave calor comenzó a envolverla y el diluvio se detuvo de golpe. Manos intangibles la acurrucaban mientras el delicado murmullo se tornaba en una especie de canto.

—Ven conmigo, mi pequeña hija. Mamá te está esperando. La Legión puede llevarte a mi lado. Los Olvidados te necesitan —musitaba la hermosa voz de quien aseguraba ser Déneve.

—¿Quién eres tú? No puedes ser mi madre. Ella está... muerta —contestó Dahlia en voz baja, a punto de soltar el llanto.

—Oh, no, mi niña. No he muerto, sino que duermo. Solo tú puedes venir a despertarme. Acepta el llamado de La Legión de los Olvidados. Ellos pueden reunirnos otra vez. Por favor, úneteles.

—Si realmente eres mi madre, muéstrate. Debo verte con mis propios ojos o no creeré en tus palabras.

El suelo se estremeció con gran fuerza, y desde sus entrañas emergió una figura demacrada, cual esqueleto andante, y se presentó ante la rubia. Caminaba muy despacio, tambaleándose a cada paso. Su huesuda caja torácica se contraía y se expandía a un ritmo vertiginoso, como si respirase con enorme dificultad. Sus ojos verdes carecían de brillo y lucían muy saltones en aquel rostro tan desmejorado. Los escasos rizos rojizos en su cabeza yacían sin movimiento, pegados a una piel macilenta y sudorosa. La débil sonrisa que con tanto esfuerzo logró esbozarle a Dahlia causaba lástima. En verdad era ella, la adorable Déneve, aunque no

quedaba ni rastro de su gran belleza. Detrás de la desahuciada silueta de la joven madre, una imponente Galatea se erguía con insolencia.

—¿Qué le ha pasado a mi madre? Galatea... ¿qué le has hecho? Sea lo que sea, sé que está sufriendo mucho. Libérala, por favor. Haré lo que me pidas, pero deja a mamá en paz —clamó la chica, llena de rabia y desesperación.

—Déneve ya te ha dicho lo que tienes que hacer, y es muy simple. Únete a La Legión de los Olvidados. Una vez que lo hagas, ella volverá a ser lo que era y podrán estar juntas —espetó con mordacidad la emisaria predilecta de Nahia.

—¿Y si no deseo unirme? ¿Por qué debo hacerlo? ¿Qué tengo yo de especial?

—Te unirás a nosotros tarde o temprano, lo quieras o no. Preferiría que fuese por las buenas, niña malcriada. ¿Es que acaso no entiendes que no existen alternativas para ti?

—¿Y cómo podré estar segura de que liberarás a mamá? No me uniré a La Legión si no me muestras algo que respalde tus palabras.

—¿Qué quieres, un contrato o algo parecido? No me hagas reír. Déjate de tonterías y acepta tu destino de una vez por todas, mocosa.

—No puedo aceptar unirme a una Legión de la que no conozco nada.

—¡Ay, pero qué tonta he sido! No te había dado un aliciente para que te convenzas de que venir conmigo es la mejor elección. Permíteme...

Tras pronunciar esas palabras, Galatea sujetó con firmeza los escasos cabellos de Déneve, tirando de ellos hacia abajo, como si pretendiese arrancárselos con un solo tirón. Ese brusco movimiento obligó a la moribunda joven a arquear su espalda e inclinar su cabeza hacia atrás, al tiempo que gemía y le suplicaba que se detuviera.

—¡No, por favor! ¡Basta! Déjala ya... Llévame contigo, pero no le hagas más daño —imploró Dahlia, rendida ante aquella cruda imagen de su lastimada madre.

—Así me gusta, niña. Parece que no eres tan boba después de todo —respondió Galatea, entre risas burlonas.

Entonces liberó a Déneve de la cruel tortura a la que la tenía sometida y levitó a toda velocidad hacia donde se encontraba Dahlia de pie. La miró a los ojos por un instante, y luego la embistió con su cabeza en la boca del estómago. El impacto ocasionó que la chica cayera de espaldas contra el suelo, sin aire y con su campo de visión borroso. No le concedió ni unos cuantos segundos para recuperar sus fuerzas, cuando ya le estaba incrustando sus afiladas uñas en el pecho. La rubia se retorció de dolor y clamaba por ayuda... En ese momento, la espantosa escena que tenía ante sí se diluyó tan pronto como había aparecido, y fue reemplazada por la mueca de espanto dibujada en los rostros de Milo y Emil.

—¡Dahlia! ¡Dahlia, por favor, cálmate! ¿Qué tienes? —El chico le hablaba a gritos, al tiempo que la abrazaba para apaciguarla.

—¡Ellos la tienen! La Legión tiene a mamá en su poder. ¡No está muerta! ¡Tengo que salvarla! —expresó la muchacha, con un hilo de voz, para luego sumergirse en el océano de sus lamentos.

Milo no podía entender a qué se refería su hermana. La perla que le había dado debía mantenerla dormida para reparar su cuerpo y su mente por completo. Era imposible que ella hubiese tenido una pesadilla de nuevo estando bajo los potentes efectos de la regeneración Keijukainen. Emil también estaba perplejo ante las delirantes afirmaciones de su hija. Por más que deseara creerle, aun deseando con toda su alma volver a ver a Déneve, todos sabían que ella había fallecido.

—Hijita, sé que echas muchísimo de menos a tu madre. Yo también la extraño. Siento un vacío en el pecho desde el día en que partió. Pero es imposible revivirla, cariño. No importa cuánto lo anhelemos, no volverá con nosotros —explicó Emil, con su mano derecha acariciando los largos cabellos de Dahlia.

—No, papá, no lo entiendes. Yo la vi. Está viva y sufre muchísimo. Su apariencia está tan deteriorada que es casi irreconocible, pero sé que es ella. Me habló. Reconocería su voz en cualquier lugar.

—Oh, linda, tuviste una aterradora pesadilla. A veces, las imágenes y sensaciones de nuestros sueños son tan vívidas que por momentos pensamos que son reales.

—No fue un simple sueño. Te lo juro, papá. ¡Mamá está viva! Galatea me aseguró que si decido unirme a la Legión de los Olvidados, la liberarán. Por mi madre haría lo que fuera, pero tengo mucho miedo...

Milo escuchaba con suma atención palabra por palabra de todo lo que su gemela les estaba comunicando. Aunque sonara incoherente, el muchacho tenía un terrible presentimiento de que ella estaba en lo correcto. Levantó su mano izquierda, posó sus dedos índice y medio sobre su sien, y cerró los ojos. Mediante el nexo psíquico que compartía con Sherezade, le solicitó a esta que verificara si el cuerpo de Déneve continuaba en su tumba, en el cementerio local. Esperó un par de minutos, tras los cuales recibió respuesta de la Keijukainen. El sepulcro de la joven madre estaba desocupado, ni siquiera su ataúd permanecía en el lugar...

—Padre, escúchame. Creo que mi hermana tiene razón en lo que nos dice. Lo que experimentó no fue una pesadilla común. De alguna manera, que no alcanzo a comprender todavía, esa tal Galatea tiene acceso a la mente de Dahlia mientras duerme. Sherezade me acaba de confirmar que en la sepultura de nuestra madre ya no está su cuerpo.

—¿De qué estás hablando, hijo? Todo esto tiene que ser una sucia jugarreta de los Olvidados. De seguro inventaron este macabro juego para poder llevarse a Dahlia sin que ponga resistencia alguna.

—Puede que tengas razón, papá, pero no podemos descartar la posibilidad de que mamá siga con vida. El entrenamiento de Dahlia es ahora más urgente que nunca.

—¿Entrenamiento? No puedo ponerme a entrenar. Debemos ir a rescatar a nuestra madre cuanto antes, Milo —aseveró la rubia, con mucha determinación en la mirada.

—Sé que es difícil esperar en estas condiciones tan angustiosas para todos nosotros, pero no podemos enviarte a encarar a Galatea sin que estés bien preparada —sentenció el chico.

—No quiero quedarme con los brazos cruzados sabiendo que mamá está tan mal. Si la hubieras visto...

—Te entiendo. Papá y yo veremos qué hacer al respecto, pero tú debes entrenar cuanto antes... Ahora dime, ¿puedes recordar lo que viste en tus sueños la otra noche?

—Pues, ahora que lo pienso, no recuerdo nada del otro sueño. Sin embargo, en este último, sentí en mi interior algo que me decía que ya había soñado con eso. ¿Tiene sentido?

—Claro que sí. Esa noche, mientras soñabas, comenzaste a contorsionarte y a gritar. Hasta tuviste unas violentas convulsiones, y por más que te sacudía, no despertabas. Tuve que darte una *Perla purificadora* para poder acabar con tu pesadilla. Es muy efectiva, por lo que no solo destruyó la pesadilla, sino que también hizo que las imágenes que viste en ella quedasen sepultadas en tu subconsciente. No obstante, los recuerdos se graban tanto en la mente como en el cuerpo. Aunque tu mente no recuerde determinada información, el resto de tu cuerpo puede almacenar memorias también. Es probable que el sueño de esta vez fuese una repetición del sueño de la otra noche y tu organismo te lo hizo saber... He de confesarte que ayer te di una perla distinta, la regenerativa, disuelta en tu jugo de naranja. Quería que durmieras todo el día para que repusieras todas tus energías, pues sabía que no me harías caso de ponerte a descansar si no te explicaba los motivos. No quería asustarte sin razón, pero dadas las presentes circunstancias, me veo en la necesidad de revelártelo todo. Me alarma el hecho de que aun estando bajo los efectos de la perla regenerativa, esa vil criatura haya podido ingresar a tu mente.

—¿Crees que tenga algo que ver con la marca roja que ella me hizo en la frente?

—¿Marca roja? Te estoy mirando y no noto nada inusual en tu rostro.

—Galatea me visitó la noche antes de que llegaras a la escuela. Estábamos junto al estanque que está cerca de aquí, al otro lado de la colina. Me habló sobre la Legión de manera muy dulce en aquella ocasión. Pero en cuanto le pedí que me contara más sobre cómo era el lugar de donde ella procedía y lo que hacía allí, creo que eso la hizo enfadarse y se negó a discutir sobre ello. Entonces se me acercó y me puso uno de sus dedos en la frente. No recuerdo nada después de eso. A la mañana siguiente, desperté en mi cama. Cuando me levanté y me vi en el espejo de mi recámara, descubrí, horrorizada, que tenía un rombo rojizo localizado justo en el punto donde ella me había tocado. Por eso llevaba un pañuelo blanco cubriéndome la cabeza, ya que no deseaba que nadie más viese semejante cosa.

—Si de verdad sucedió lo que describes, quizás ese rombo sí tenga algo que ver. Desconozco su significado, pero me daré a la tarea de investigarlo. Eso nos da motivos extra para comenzar a capacitarte. Si has de enfrentarte a Galatea, tienes que llevar a cabo una serie de misiones que te serán asignadas en cada uno de los Doce páramos de la destrucción. Dichos páramos no se encuentran en la Tierra. Deberás viajar sola hasta la constelación de Cepheus, con la ayuda de Sherezade.

—¿Qué yo debo hacer qué? ¿Cómo se supone que pase esas pruebas sin ayuda, en un lugar totalmente desconocido para mí?

—Confío en que lo lograrás. Si yo pude, tú también podrás, créeme. Y te pido una disculpa por no haber hablado contigo sobre esto antes.

—Disculpa aceptada, no te preocupes... Por el bien de mamá, comencemos a analizar en este preciso momento todo lo que yo deba saber acerca de las pruebas que enfrentaré. Estoy dispuesta a aprobar cualquier cosa que pueda ayudarme a rescatarla.

—Claro que sí. Acompáñame afuera. Y sería oportuno que tú también vinieras con nosotros, padre.

—De acuerdo, chicos, salgamos ya.

XIX. La Alianza de Callirus

Milo se quitó la camisa azul que traía puesta, dejando al descubierto su torso bien esculpido, y se colocó de frente al astro rey. Dahlia y Emil se quedaron boquiabiertos al contemplar la singular belleza de la marca en el pecho del chico, junto a su corazón. Era un tatuaje a todo color que parecía tener vida propia, pues se balanceaba con suavidad y constancia, tal y como lo haría el oleaje marino durante un día de verano. Con cada haz de luz se podía percibir aún mejor la magnificencia de aquella obra de arte, dado que el sol parecía activar el extraterrenal resplandor de la daga. Estaba hecha de turmalina engarzada en plata, y poseía una fina hoja dividida en dos lengüetas dentadas que salían desde un nudo central semejante a dos áureas alas de ángel replegadas y entrelazadas en un vórtice arremolinado. Justo sobre estas, destacaba un pequeño cilindro dorado, todo ello circundado por una guarda de diseño persa. La delgada empuñadura era coronada por un pomo en forma de ojo abierto, cuya pupila de rubí se posaba en el medio de una cuenca de oro. La más larga de las pestañas de aquel lucero se extendía hasta llegar a una cúspide tan puntiaguda como el huso de una rueca.

El joven puso su mano derecha sobre la daga, al tiempo que pronunciaba la palabra Callirus. Esta empezó a desprenderse despacio de su pecho, para colocarse sobre su puño abierto, siendo ya un objeto tangible. Después de todo ese proceso, que duró alrededor de unos cinco minutos, Milo suspiró de manera casi imperceptible. Con toda solemnidad, dio inicio a una compleja explicación acerca de lo que acababa de hacer y de la procedencia de su arma.

—Las doce constelaciones que decidieron formar parte de la *Alianza de Callirus*, a saber, *Apus*, *Camelopardalis*, *Cetus*, *Columba*, *Cygnus*, *Delphinus*, *Equuleus*, *Grus*, *Lepus*, *Lynx*, *Phoenix*, y *Vulpecula*, son las encargadas de diseñar las pruebas de los páramos. Este consejo estelar se reúne a menudo para tomar decisiones conjuntas que garanticen el adecuado funcionamiento de la dimensión oscilante de Solu. Cada una de dichas constelaciones tiene la comisión de enviar a sus ciudadanos mejor capacitados a Cepheus, los cuales custodiarán el páramo que les sea asignado, por acuerdo democrático de la alianza. Si un guerrero completa de manera exitosa todos los desafíos contenidos en un páramo, este debe ser premiado de inmediato; recibiendo una pieza de diamante con un emblema de la nación a cargo del páramo del que haya salido victorioso. Al reunir todas las insignias, el luchador tiene derecho a intercambiarlas por una réplica exacta de una de las tres dagas ancestrales. Las cuales fueron un regalo especial de la emperatriz de las Joutsen, la majestuosa Belldandy. Estas son: la Daga del Paladín, la Daga del Sanador y la Daga del Protector. Esta última es la que estoy sujetando justo ahora. Aunque el guerrero puede seleccionar el arma que prefiera, la utilidad de la misma se verá aumentada de manera significativa si su esencia coincide con el rasgo de personalidad dominante en el portador. Además de dotar a su dueño con habilidades sobrenaturales, cada daga modifica por completo la composición química y fisiológica de cualquier organismo. La primera vez que entramos a Loimu, Dahlia pudo ver a la imponente criatura que soy gracias a esta arma. Es imposible abandonar la forma que las dagas confieren, a menos que se utilice un escudo hexaédrico de neón, el cual debe ser controlado mediante las ondas cerebrales de quien lo utiliza. Eso es justo lo que hago para conservar mi apariencia y masa corporal humanas.

Con el ceño fruncido, y un tono socarrón en su voz, la rubia interrumpió la ceremoniosa disertación de su hermano.

—Déjame ver si te entendí bien... Me estás diciendo que si logro salir viva de esos famosos páramos, me van a dar una de tres dagas, y esta me convertirá en alguna clase de cosa extraña que solo podré ocultar con un escudo el cual no tengo ni idea cómo encontrar, ¿correcto?

—Tranquila, Dahlia, todo a su tiempo. Ya te diré cómo obtener ese escudo luego. Ahora, por favor, déjame terminar con lo que debo revelarte.

—Bueno, creo que no me queda otra opción. Prosigue.

—Bien... Todo lo que te he mencionado nos lleva a la parte incómoda del asunto. Para que puedas acceder a Solu y completar las pruebas, en tu interior tiene que existir aunque sea un átomo de la esencia Keijukainen. En mi caso, cumplir con esa condición fue algo muy sencillo dado que, aunque fui concebido por humanos, Sherezade me llevó en su vientre y me transmitió parte de su sangre. Pero en tu caso, no podemos hacer nada como eso, porque tanto tu concepción como tu nacimiento fueron procesos sin intervención alguna por parte de los Keijukainen. La solución que puedo darte ante ese inconveniente es la de intercambiar uno de tus órganos por uno de Sherezade.

—¿¡Qué?! Milo, ¿estás demente? ¿Qué clase de idea macabra es esa?

—Cálmate un poco. No te dolerá en absoluto. Supongo que ya sabías que Sherezade también tiene una de estas dagas consigo. La suya es la Daga del Sanador, así que ella puede realizar el trasplante en cualquier momento sin ninguna dificultad. Solo necesita que le des tu autorización y le digas cuál de tus órganos deseas intercambiar con ella.

—¿Y se supone que debo decidir algo así de importante ahora mismo?

—No es que tenga ganas de presionarte, pero cuanto antes concluyamos con los preparativos para que partas rumbo a Solu, mejor. Puedo sugerirte intercambiar una de tus córneas, puesto que es un órgano localizado casi en el exterior de tu cuerpo, y quizás así el proceso se te haga un poco menos terrorífico.

—¿Una de mis córneas? No, no y no. ¿Cómo voy a aceptar que me dejen tuerta?

—Te equivocas. Creo que todavía no lo tienes claro del todo. Dije que intercambiarías tu córnea, no que la entregarías y ya. Eso quiere decir que tendrás una de las córneas de Sherezade contigo. Tu visión no se anulará ni se entorpecerá, sino que mejorará. Nada más tendrás que acostumbrarte a tener un ojo púrpura y el otro ambarino.

—Tus palabras siguen sin tranquilizarme. Sin embargo, no hay tiempo que perder y, al no haber más alternativas, dile a Sherezade que tiene mi consentimiento.

—¡Perfecto! Sabía que eres muy razonable y que podíamos contar contigo.

Hasta ese momento, Emil había decidido guardar silencio mientras analizaba con cuidado la situación. Habiendo escuchado el complejo diálogo de sus hijos, escogió muy bien las palabras de apoyo que deseaba transmitirle a Dahlia para que ese momento tan crucial en su vida fuese más llevadero.

—Hijita, no temas ante nada que provenga de Milo o Sherezade. Ya nos hemos dado cuenta de que ellos siempre han estado buscando tu bien, incluso desde antes de que nacieras. Sé que has atravesado muchísimos cambios importantes en tu vida, pero no estás sola, pequeña. Te amamos y haremos hasta lo imposible para que puedas salir airosa de todas las pruebas que se avecinan.

Con el labio inferior tembloroso y los ojos vidriosos, Dahlia se abalanzó sobre su padre y lo estrujó con ímpetu entre sus brazos. Él le acariciaba la cabeza mientras le susurraba al oído que todo estaría bien. Milo se acercó a ellos y se unió al abrazo familiar. Tras unos breves instantes, la rubia ya estaba más calmada y mejor dispuesta para enfrentar lo que había de venir, por lo que se separó de ellos para poder hablarles con mayor comodidad.

—Agradezco mucho tus bellas palabras, padre. En verdad me ayudaste a recobrar el ánimo — expresó ella, al tiempo que su mirada cargada de ternura se posaba sobre Emil. Su voz estaba un poco quebrada por la emoción.

—Me alegra saber que pude hacer algo bueno por ti, nena —afirmó el progenitor de los gemelos, orgulloso.

—Y bueno, con respecto a ti, hermanito, creo que ya es hora de que me lleves con Sherezade. Creo que tener una parte de ella conmigo podría ser divertido —aseguró la chica, con una sonrisa de oreja a oreja estampada en el rostro.

—Como tú digas. Ya sabes muy bien lo que tienes que hacer para llegar a Loimu, ¿cierto? — Milo formuló la pregunta mientras le hacía un divertido guiño con su ojo izquierdo.

—Por supuesto que sí. Te miro a los ojos mientras me sujetas por la cintura.

—¡Exacto! Hagámoslo ya mismo, entonces.

—Espera un momento. ¿Quieres venir con nosotros, papá? —interpeló con cariño la muchacha.

—No es necesario. Vayan ustedes dos. Ya quiero ver el moderno look que va a tener mi hija cuando regrese —contestó Emil, entre sonoras carcajadas.

Los hermanos rieron también ante aquella ocurrencia de su padre. Agitaron sus brazos para despedirse de él y se dispusieron a ingresar a los aposentos de la Keijukainen. Una vez allí, Dahlia de inmediato comenzó a hablar.

—Supongo que ya has escuchado lo que hablamos ahí afuera, pero quiero decirte en persona que confío en ti y que tienes mi permiso para intercambiar una de mis córneas por una de las tuyas.

—Es un honor para mí saber que has puesto tu confianza en mí, bella niña. Haré tal y como me has dicho —musitó Sherezade, con toda la dulzura y calidez que era capaz de transmitir con su voz.

La doncella procedió a llevar a cabo el mismo tipo de ceremonia que ejecutó Milo minutos atrás. Al concluir con el breve ritual, entre ambas manos abiertas sostenía la Daga del sanador. Su hoja estaba hecha de lapislázuli y zafiro, la cual tenía la imagen de un zorro en posición de camuflaje, dueño de una larga y afelpada cola, esculpida en plata, con tres piedrecillas de cuarzo en su lomo, un copo de nieve a base de topacio frente a su rostro y la silueta de tres rombos, dibujados con grafito en su retaguardia. Una pequeña guarda de hierro daba paso a la elaborada empuñadura. En ella, se exhibían dos triángulos isósceles de oro craquelado que se concatenaban en el vértice de los ángulos obtusos. Sobre estos, cuatro diamantes se unían para formar una flor de pétalos romboidales, todo ello bordeado por cristales azules que formaban varias líneas rectas en paralelo. Aún más arriba, dos filas de cuatro citrinos cada una terminaban por converger en un pomo conformado por otros dos triángulos isósceles idénticos a los que colindaban con la férrea guarda.

Sherezade colocó, con mucho cuidado, la punta de su daga sobre su ojo derecho. Un diminuto resplandor púrpura emergió de este, y ella lo se lo dio a Milo para que lo sostuviera por un momento. Entonces, de igual manera lo hizo con el ojo derecho de Dahlia. El resplandor ambarino de ella también le fue dado al chico. Ya estando ambas membranas una al lado de la otra, la dama reinsertó su purpúrea córnea en la cuenca de la muchacha, para luego tomar la de tonalidad amarillenta para sí. La rubia parpadeó varias veces con rapidez, intentando acostumbrarse a la inusual sensación que le causaba ver a través de su nueva córnea. A pesar de que estuvo un poco asustada durante el proceso de intercambio —puesto que perdió la visión de forma parcial por unos momentos—, el resultado final la dejó muy complacida.

—No te dolió, ¿cierto? Ahora ya puedes viajar conmigo hacia Cepheus e ingresar a la dimensión de Solu. Partiremos mañana al amanecer, así que aprovecha este día para compartirlo con tu familia —le comunicó Sherezade, con un ligero aire de formalidad.

—Muchas gracias por todo. ¡Hasta pronto! —aseveró la chica, dedicándole una reverencia a la doncella.

Acto seguido, los hermanos volvieron al lado de su padre, quien los esperaba recostado sobre una silla mecedora, ubicada cerca del amplio pórtico de la vivienda, muy tranquilo.

—Oye, Dahlia... ¡qué bien te queda la heterocromía! Me encanta como te ves —exclamó Emil, lleno de felicidad.

—Gracias, papá. Yo también estoy encantada con este cambio.

Padre e hijos entraron en tropel a la casa y se apoltronaron juntos en el sofá-cama de la sala. Habiéndose puesto cómodos, Milo se dio a la tarea de explicarles con detalle lo que ocurriría una vez que Dahlia partiese rumbo al espacio sideral.

—Desde mañana en adelante, ni papá ni yo podremos acompañarte. No volverás a vernos hasta que salgas de Solu, lo cual sucederá hasta que completes todas las pruebas de los doce páramos. Como le conté antes a papá, no es posible saber con certeza qué es lo que encontrarás allí, pues los desafíos serán diseñados solo para ti. No obstante, hay algunos principios básicos de supervivencia que siempre funcionan bien para cualquier guerrero. Lo que debes tener presente en todo momento es la gran importancia de la concentración. Por nada del mundo permitas que los distractores de cualquier clase, que sin duda aparecerán, aparten tu vista del objetivo. Nadie puede diferenciar qué es real y qué no lo es en Solu, pero jamás debes dejar de creer en ti misma y en tus habilidades. Habrá momentos en los que la solución de ciertos acertijos será muy obvia, así como también habrá ocasiones en las que te sentirás impotente y desorientada. Si eso sucede, siéntate y cierra tus ojos. La energía de Sherezade contenida en la que ahora es tu córnea te ayudará a aclarar tus pensamientos y a encontrar la manera de seguir adelante. La más peligrosa de las amenazas en los páramos es la de sucumbir a los efectos del miedo. No dejes que ese sentimiento se apodere de ti o estarás perdida.

—¿Qué puede pasarme si el miedo me vence? Digo, es normal sentirlo. ¿Qué tal si no puedo controlar su intensidad?

—Podrías enloquecer y quedarte atrapada vagando sin rumbo en alguno de los páramos, e incluso tu vida podría estar en peligro. Ciertas criaturas que merodean por ahí son reales y muy capaces de matarte sin titubear. Una de las reglas inquebrantables establecidas por la Alianza de Callirus es la de no intervenir jamás en el entrenamiento de ningún guerrero. Esa

medida lleva implícito el hecho de que no se puede dejar salir a nadie, por más difícil que sea la situación en que se encuentre, si esa persona no ha culminado con todo el proceso.

—Quieres decir que puedo estar padeciendo cosas terribles, a punto de morir, y nadie moverá un dedo por mí, ¿es así de cruel?

—Sí, así es. No se procede de esa manera con el afán de perjudicar a los guerreros, sino todo lo contrario. Salir victoriosa de los páramos te hará más poderosa de lo que puedas imaginar. No podemos exponernos a que Galatea te derrote, porque ello no solo implicaría tu muerte. El destino de la humanidad entera depende casi por completo de ti. Hazas lo que hagas, nunca dejes al miedo envolverte del todo.

—Entiendo... Yo... ¡no los defraudaré! Por ti, por papá, por Sherezade, y por mi adorada madre, voy a ganarme una de esas lindas dagas, ya lo verán —concluyó Dahlia, muy decidida.

—Claro que sí, hermanita. Será pan comido para ti.

—Oh, hija, jamás dudes de la fortaleza que posees. Triunfarás, lo sé muy bien.

Aunque los tres estaban bastante preocupados, su mutua compañía y las palabras de ánimo y apoyo incondicional allí expresadas los ayudaron a verle el lado positivo a las cosas. El resto del día transcurrió sin complicaciones de ninguna especie y de forma muy agradable, entre comidas, juegos de mesa, y animadas charlas de variadas temáticas. Ya bien entrada la noche, Dahlia no deseaba irse a dormir, pues temía que la horrenda pesadilla recurrente la acechara de nuevo. Para no tener que suministrarle más perlas, a Milo se le ocurrió una idea que pareció ser del agrado de todos.

—Ya que debes partir junto a Sherezade mañana al amanecer, ¿qué te parece si pasas la noche en Loimu? No creo que los poderes de Galatea sean capaces de alcanzarte en ese sitio, y así podrás irte aún más rápido, tan pronto como hayas despertado y comido algo.

—Eso suena bastante bien. De todos modos, sin importar en donde pase la noche, estando dormida no puedo charlar con ustedes. Por lo tanto, no perderé tiempo valioso a su lado, y me evitaré la posibilidad de tener pesadillas. ¿Tú que crees, papá?

—Apoyo la idea de tu hermano. Quiero que puedas descansar de verdad, y si eso se puede lograr llevándote con Sherezade, me parece sensato. Ella cuidará de ti tanto o hasta mejor de lo que nosotros podríamos.

—Eso significa que ha llegado el momento de despedirme de ustedes. No quisiera tener que dejarlos acá. Los extrañaré demasiado —farfulló la rubia, conteniéndose para no prorrumpir en llanto.

Emil y Milo se acercaron a ella para cubrirla de besos y caricias. Permanecieron abrazados en silencio por un lapso de unos cinco minutos, tras los cuales el momento de la inminente separación por fin se hizo presente. La chica dio una última mirada a su padre, para luego ser escoltada por Milo hasta la presencia de la doncella. Antes de regresar a la casa, el chico le estampó un sonoro beso en la frente a su hermana mientras le sonreía con su pulgar levantado, brindándole así una clara señal de que creía en ella. Justo después de eso, él se desvaneció, dejándola a solas con Sherezade, quien tenía preparada una cómoda nube blanquísima al lado de su esfera, para que la niña durmiese sobre esta.

Al despuntar el alba, la dama se acercó a Dahlia y le habló utilizando un volumen un poco más alto de lo usual, para despertarla. No fue nada difícil de lograr, ya que la joven había dormido

de maravilla. Un contenedor de vidrio al lado de la cama dejaba ver en su interior un líquido verde y brillante. Sherezade dio a entender, con un movimiento de cabeza, que la muchacha debía beberlo. Ella obedeció sin dilación. El Smaragdi sació su hambre y su sed casi de inmediato. Luego de eso, la rubia recibió instrucciones de sustituir sus ropas por un traje especial hecho de escamas de dragón marino, el *Jagdrock de Plata*. Este se adapta a la forma y tamaño del cuerpo de quien lo viste, es muy flexible y liviano, lo cual facilita cualquier movimiento. Dicha prenda hace aumentar o disminuir la temperatura corpórea, según se vayan dando cambios en las condiciones meteorológicas. Además, puede resistir el fuego y repele los ataques de cualquier instrumento u objeto punzocortante. Aquel traje había ido pasando de generación en generación en la familia de Sherezade. Tanto ella como Milo lo llevaron puesto cuando les correspondió visitar Solu, y ahora era el turno de Dahlia para usarlo.

En cuanto la rubia estuvo preparada para cruzar el portal interestelar que la transportaría a la constelación de Cepheus, recibió un afectuoso abrazo y una amplia sonrisa de la doncella, quien justo después de eso, procedió a colocarla dentro de su burbuja dorada mientras manipulaba un mecanismo en el exterior de la misma. Una vez que las coordenadas de destino estuvieron debidamente registradas, la dama también se introdujo en el interior de la esfera. Un iridiscente rayo púrpura las envolvió y las hizo desaparecer de Loimu. En minutos, ambas estuvieron frente a las gigantescas puertas de malaquita que custodiaban la entrada al reino Keijukainen. Como la digna guerrera de alto rango y portadora de una daga legendaria que era, la forma y la refulgencia propias de su clase, por fin se hicieron manifiestas. La piel de Sherezade era de una tonalidad rosácea y transparente, con un destello turquesa que nacía desde su interior y se proyectaba a varios metros de distancia. Toda ella parecía una gema viviente. Su abundante melena violeta se movía de un lado para otro, como jugueteando con el viento. Una armadura de marfil cubría su musculoso tronco, y cada una de sus pisadas emitía un melodioso sonido de flautín.

Bastó el llamado telepático de la guerrera para que la guardia real abriera las compuertas de par en par. Dahlia estaba maravillada ante la sobrecogedora belleza de su amiga y la magnificencia de aquel reino. Luego de recorrer el anchuroso sendero que conducía hacia el interior del palacio, la rubia se encontró, cara a cara, con los representantes de la Alianza de Callirus, quienes la esperaban ansiosos para darle la bienvenida y la autorización para que tuviera libre acceso a la dimensión oscilante de Solu. Un breve acto protocolar se llevó a cabo, en donde aquellos dignatarios alabaron, repetidas veces, la valentía de la chiquilla. Ya concluida la ceremonia, Dahlia fue escoltada hacia un enorme cráter negro en el centro de la sala, el cual había estado cubierto por una rejilla de acero inoxidable.

—Cuando saltes dentro de este agujero, verás a tu alrededor las inmediaciones del primer Páramo de la destrucción. De aquí en adelante, todo depende de ti, jovencita. Te deseamos el mayor de los éxitos en esta travesía —afirmó Vincent, el presidente de la Alianza.

—Estoy lista, mi señor. No lo defraudaré —replicó la rubia.

—Pues, adelante, entonces. Que las estrellas estén a tu favor.

Dahlia saltó con gracia. Un breve momento de oscuridad le dio paso a una escena asombrosa: un vasto campo de arena roja sin ninguna clase de vegetación se extendía hasta donde su campo de visión le permitía explorar. Estaba en el Páramo de la Ira...

XX. El Páramo de la ira | Parte I

Lo primero que Dahlia pensó al contemplar los interminables cúmulos rojizos de la finísima y brillante arena fue que se iba a quedar ciega muy pronto. Una especie de navecilla verdosa en forma de cubo se paseaba de un lado a otro por el despejado cielo amarillo. De ella emanaba un potente resplandor naranja que bañaba la totalidad de las arenas con sus rayos. Aquella irritante luz rebotaba sobre los gránulos y le producía una desagradable sensación en sus sensibles pupilas, como si se le estuviesen calcinando con gran lentitud. Además, un martilleo acelerado en las sienes la hacía imaginar que su cabeza muy pronto explotaría en miles de pedacitos. Lo más extraño de todo era que ese molesto haz de luz no le hacía sentir calor en ninguna otra parte de su cuerpo que no fuese sus ojos. Optó por cerrar sus párpados durante unos segundos, e instantáneamente sintió un enorme alivio.

«Según parece, ese artefacto fue fabricado con el objetivo de evitar que saque partido de mi capacidad visual mejorada», analizaba la rubia, en completo silencio. «Si no puedo utilizar mi vista, deberé agudizar el resto de mis sentidos». Abrió una diminuta rendija de sus ojos por unos instantes muy breves, intentando divisar alguna señal, por más pequeña que fuese, que le indicara hacia dónde debía dirigirse. Un minúsculo punto titilante, de tonalidad blancuzca, en lejanía captó su atención. Antes de que pudiera precisar su origen y ubicación exacta, la navecilla emitió un agudo pitido y comenzó a alumbrar con muchísima más intensidad que antes. Mantener los ojos cerrados ya no era una opción, sino una obligación que debía cumplir sin falta, pues esa era la única posibilidad que tenía de conservar sus preciados orbes a salvo de aquel dañino centelleo.

No había ninguna pared, roca o árbol que pudiese tomar como punto de referencia para determinar si estaba avanzando un poco o si solo caminaba en círculos. No corría ni un leve atisbo de brisa ni se escuchaban ruidos de ninguna clase. Todo el paisaje denotaba completa esterilidad, como un pueblo fantasma. El único objeto animado en medio de la aridez sepulcral de ese sitio era ese despiadado cubito verdoso, no más grande que un perro pekinés maltés, el cual se empeñaba en revocarle su derecho a ver. Dahlia estaba muy desconcertada y la impaciencia que la caracterizaba ya hacía su aparición estelar. ¿Qué era lo que tenía que hacer? No era posible pasar una prueba si no podía desplazarse o atacar de alguna manera a la cruel ladrona de su facultad visual. La cabeza estaba comenzando a pesarle y su respiración estaba muy agitada.

—¿Qué quieren de mí?! —gritó la chica, hecha una furia.

Se dejó caer de rodillas sobre la arena y la acribilló a puñetazos mientras vociferaba amargada.

—¡Ya cálmate, niña! Deja los berrinches y lloriqueos para tu madre, quien de seguro es la única persona que puede aguantarte semejantes desplantes, mocosa insolente. ¡A mí me respetas!

—le reclamó una exasperada voz grave, de procedencia desconocida.

—¿Quién rayos eres para venir a decirme cómo debo comportarme? —replicó la rubia, con el rostro contraído y las mejillas sonrosadas por el súbito ataque de ira del que se había permitido ser presa fácil.

—¿Te rindes así de fácil? No te has tomado la molestia de respirar profundo y sentarte a pensar un poco. La primera vez que te topas con una dificultad y ya te pones a patear y soltar

improperios. ¿Qué clase de nenita mimada eres? Apuesto a que no tienes ni idea de cómo cambiarte el pañal que acabas de ensuciar en medio de tu rabieta y eso te desespera, ¿cierto?

—¡Cállate! No me importa lo que pienses de mí. No pedí tu opinión ni tus consejos baratos, así que lárgate de una buena vez y déjame en paz. ¡Yo puedo con esto sola! Y además... ¡No soy una nenita mimada!

Gruesas lágrimas recorrían el colérico rostro de la rubia, quien tenía el juicio tan nublado por sus emociones negativas que no se había preguntado a quién pertenecía la vocecilla regañona y autoritaria que la desafiaba.

—Con esa arrogante y ridícula actitud no llegarás a ninguna parte. ¿Cómo esperas merecer una daga de la Alianza si te comportas como una bebé malcriada y caprichosa? ¡Detente y piensa! —espetó el dueño de la voz, quien todavía era invisible.

Aquellas duras palabras sacudieron a Dahlia, quien poco a poco comenzó a reaccionar. Se sentó en el polvoso suelo mientras inhalaba y exhalaba despacio, atrapando todo el aire que le cabía en sus pulmones para luego liberarlo con suavidad. Su descontrolada ira fue perdiendo terreno para darle cabida a la chica racional y analítica que ella solía ser. Unos minutos después, la furia se había marchado por completo, pudiendo ya establecer una conversación pacífica con aquel desconocido.

—Me disculpo contigo por haber sido tan irrespetuosa. Me dejé llevar por mi estúpida cólera y por la frustración que me produjo no saber qué es lo que debo hacer.

—No eres la primera ni la última persona que se comporta así al ingresar a este particular territorio. Por algo se le conoce a este lugar como el Páramo de la ira. Todo lo que está presente aquí, desde los colores y las texturas hasta los olores, cada detalle fue diseñado con el único propósito de alterarte e irritarte. Se valen de las cosas que más te enojan y las utilizan en tu contra.

—Oh, ya veo... Por cierto, aún no sé con quién estoy hablando, puesto que el intenso resplandor de la navecilla no me permite hacer uso de mis ojos en absoluto. Por tanto, no puedo verte.

—Aquí no interesa quién soy. Lo único que necesitas saber es que tendrás que confiar en mí de ahora en adelante, si es que pretendes salir con cordura y vida de aquí.

—¿Cómo puedo confiar en alguien de quien no conozco, ni tan siquiera, algo tan elemental como su nombre? ¿O es que acaso deseas que te invente uno? Por favor, dime quién eres...

—Debes descubrir mi identidad por ti misma. No insistas en que te revele mi nombre porque no lo conseguirás jamás.

—¿En serio me dejarás en ascuas? Vamos, no seas cruel. Dices que estás aquí para ayudarme, lo cual es algo muy inusual. Se me dijo que quienes vienen aquí para enfrentar estas pruebas no reciben ningún tipo de ayuda de nadie... Y ya que me harás el gran favor de darme una mano sin que te lo haya pedido, en cierta forma podría decirse que eres mi amigo. ¿Qué tipo de amigo eres entonces? Si alguien que no conozco hace algo bueno por mí, es lógico que me interese saber más sobre esa persona. ¡Quiero conocerte! Te lo suplico, dime cómo te llamas...

—Eres incansable y testaruda, ¿no es verdad? Debes saber que no me interesa si vuelves a enfadarte como antes, pues la que sale perdiendo eres tú, pero no voy a complacer tus deseos.

Deberías dejar de malgastar el tiempo en conversaciones infructuosas y concentrarte en salir de aquí. ¿Me vas a hacer caso o no, niña impertinente?

—De acuerdo, ya entendí. Quieres seguir en el anonimato, señor sabelotodo. Bien, como quieras. Pero luego no te quejes.

—¿Quejarme de qué, mocosa?

—Del nombre que yo escoja para llamarte... Y ya deja de decirme mocosa. Mi nombre es Dahlia. Pretendes mostrarte muy experto acerca de mi persona, pero no conoces ni siquiera ese importante detalle...

—Por supuesto que sí sabía tu nombre, pero me referiré a ti como me plazca y no podrás objetar, porque dependes de mí.

—¿Te has estado escuchando bien? Ahora eres tú quien resulta ser el maleducado. No puedo comprender por qué te portas así conmigo si se supone que estás de mi lado. Eres demasiado extraño, Stewart.

—¿Cómo me llamaste?! ¡¿Stewart?! Tu creatividad es bastante limitada. ¡Qué gusto tan deprimente tienes para la elección de los nombres!

—¿Lo ves? Ya te estás quejando. Tengo que decirte de alguna manera y tú no quieres decirme cuál es la correcta. Por ello, opté por llamarte Stewart, como el adorable hámster blanco que me obsequió mi tía Beth. Deberías sentirte orgulloso de portar el nombre de un ser al que aprecio mucho.

—¿Cómo se te ocurre compararme con una insignificante alimaña terrestre? A este paso, harás que me arrepienta de mi decisión de ayudarte, niñata.

—No seas tan infantil, Stewart. Me sermoneas a cada instante porque, según tú, no puedo controlar mis emociones. Pero estás actuando igual o peor de inmaduro que yo al continuar con esta absurda discusión que no nos llevará a ningún lado.

—Detesto tener que darte la razón en esta ocasión, chiquilla. Llámame como se te venga en gana, pero no me pidas que me agrade... Bien, ahora, pon cuidadosa atención a lo que te voy a decir.

—Soy toda oídos, querido capitán Stewart.

—Te crees muy graciosa, ¿no? Como sea... Volviendo al punto, toma entre tus manos un puñado de arena y humedécelo con tu saliva hasta que logres formar con él una pasta suave y moldeable.

—Como digas, pero eso suena bastante asqueroso, si se me permite opinar...

—No, no se te permite. Así que ponte ahora mismo a trabajar en completo silencio.

—De acuerdo, ya me callo —concluyó Dahlia, entre suspiros de resignación.

Con gran destreza y minuciosidad, la rubia se dio a la tarea de amasar la arena entre sus delicadas manos, alternando entre escupir y luego apretar aquella polvareda rojiza. No tardó más de cinco minutos en cumplir con lo que se le había ordenado.

—He terminado. ¿Cuál es tu próximo mandato, Stewart?

—Frótate el rostro con esa masa hasta que esta se haya amalgamado por completo con tu piel.

—Me parece muy higiénico y glamoroso tener que embadurnarme con mi propia saliva...

Bueno, aquí voy...

Dahlia se restregó el amasijo con muchas ganas. Aunque estaba experimentando un cierto grado de repulsión hacia aquel desagradable emplasto, solo se detuvo cuando sintió que ya no quedaba ni el más leve rastro de arena babeada entre sus dedos.

—Lista, mi capitán. ¿Qué sigue ahora?

—Abre muy despacio tus ojos. Aun si sientes algún tipo de escozor o comezón en los párpados, por nada del mundo se te ocurra tocártelos.

—Algo me dice que esto no será nada lindo, pero no tengo muchas alternativas. Voy de nuevo...

Con toda la lentitud de los nerviosos movimientos que fue capaz de lograr, la chica por fin pudo volver a ver el escenario que la rodeaba. La nueva imagen frente a ella no se asemejaba para nada a la anterior. Ahora el vasto desierto estaba sumido en una densa oscuridad, pero desperdigadas por aquí y allá podían distinguirse varias siluetas translúcidas bioluminiscentes de unos seres cuyo cuerpo tenía la forma característica de la cornamenta de un alce. En cada una de las terminaciones de las astas, había unas esferas nacaradas del tamaño de canicas, recubiertas con una fina capa de polvo en tonalidades pastel, las cuales les servían de ojos. Se desplazaban a grandes velocidades, gracias a sus múltiples extremidades, localizadas en la parte inferior de sus endurecidos cuerpos. Podría decirse que ellos eran unos parientes muy lejanos de los miriápodos.

La que se mostraba antes como una navecilla cúbica verdosa aún surcaba los cielos, pero ya no lucía así. Su verdadero aspecto podría tildarse de perturbador, puesto que era un círculo blanco y aplanado, con un grosor de un metro, ostentando un enorme ojo negro triangular en el centro. Por todo el diámetro de la circunferencia del mismo, la cual era de casi tres metros, sobresalían unos filamentos sinuosos y afilados que se contraían y estiraban de forma ininterrumpida para darle propulsión aérea a aquel extraordinario ser. Cada vez que este cerraba su ojo, un silbido como el de una tetera con agua hirviendo en su interior inundaba el ambiente. Todas las criaturas sobre la superficie del suelo irradiaban de manera conjunta un gélido resplandor azulado. Dahlia sentía que su quijada le rozaba las rodillas. Pocas veces se había sentido más asombrada que en ese instante.

—¡Esto es increíble! ¿Qué pasó con la arena roja? ¿Por qué estamos a oscuras? Hace solo unos minutos no había nada en absoluto aquí, pero ahora hay muchísimos bichos extraños por doquier.

—Esta es la verdadera apariencia del Páramo de la ira. Esos seres que brillan en el suelo son los famosos Sarvet. Ellos se encargan de actuar como reflectores de la energía psíquica que emana del Sormet, la criatura voladora en la que un día se transformarán los Sarvet que sobrevivan a la metamorfosis molecular, los más fuertes de su especie. El Sormet comanda a todos los Sarvet con las ondas gamma que proyecta desde su inmenso ojo hacia sus mentes inferiores. En conjunto, crean una ilusión óptica muy poderosa, de la cual no se puede salir a menos de que te hagas pasar por uno de ellos. Eso es lo que acabas de hacer al cubrir tu rostro con parte de su esencia. Toma varios días descubrir la clave para abandonar este páramo, pero gracias a mí, tú lo harás sin muchas complicaciones —acotó el desconocido colaborador de Dahlia.

La muchacha giró su cabeza hacia la derecha, dado que ese era el punto de donde creía que procedía la voz de Stewart, mas seguía sin poder verlo. El darse cuenta de ese detalle le produjo escalofríos. Ni siquiera la contemplación de los entes alienígenos la hacía sentirse tan inquieta.

—¿Por qué sigo sin poder verte? Oigo tu voz con claridad y siento que estás muy cerca, pero no puedo encontrarme cara a cara contigo. Ya estamos fuera de la ilusión óptica. ¿Qué pasa?

—¿Has oído hablar de las frecuencias alternativas?

—No, nunca había escuchado sobre algo así. ¿A qué te refieres?

—Para que me entiendas mejor, piensa en una radio. Supongo que tienes o has tenido una en tu casa, allá en nuestro planeta.

—¿Nuestro planeta? ¿Me estás diciendo que eres humano?

—Podría decirse que sí, pero eso no viene al caso ahora. Volvamos a lo de la radio. ¿Tienes una en casa?

—Pues, sí. Ya casi no la utilizo, pero sé cómo funciona.

—Ponme atención. Cuando estás escuchando una estación y luego presionas el botón de sintonización para cambiarla por otra, es como si pasaras de un pequeño mundo a otro, a uno paralelo a ese que acabas de dejar, pero no sales del universo que ambos comparten, en este caso, la radio. Algo así sucede conmigo. Estoy dentro de Solu, pero en una frecuencia alternativa, no en la que tú te encuentras. Estoy atrapado en un plano existencial desconocido y del que no podré salir jamás por mí mismo. He estado aquí por muchos años ya, pues fui de los primeros guerreros en intentar pasar las pruebas de los páramos. Estuve a punto de lograrlo, pero perdí la última batalla contra un *Nimbo de la desolación* muy poderoso, y él fue quien me arrojó a este sitio. Puedo desplazarme y ver todo lo que hay en cualquiera de los doce páramos, pero nadie en ellos puede verme. Tampoco puedo tocar nada, ni me pueden tocar. Es como si hubiese una barrera invisible que me separa de la frecuencia correcta.

—Y si no eres más que un guerrero, al igual que yo y que, además, se encuentra prisionero, ¿por qué me hablaste como si tuvieras autoridad sobre mí? Digo, no es que no aprecie la valiosa ayuda que me has dado, pero creo que no lo estabas haciendo por mí, sino por ti, ¿cierto? Si necesitabas que te ayudara a salir, con gusto hubiese hecho todo lo posible por liberarte. Solo tenías que pedírmelo con amabilidad. No tenías por qué comportarte de manera tan prepotente, haciéndome sentir que era muy inferior a ti.

—Creí que sería la única manera de tener una oportunidad real de rescate. He intentado comunicarme antes con otros guerreros, pero la gran mayoría ni siquiera puede escucharme. Los pocos que han sido capaces de hacerlo siempre ignoran mi llamado suplicante. Creen que solo soy una más de todas las distracciones que se les presentan aquí, así que me ignoran por completo. Por ello recurrí a la estrategia de mostrarme arrogante y frío. Quizás así alguien me tomaría en serio. No planeaba resultar tan grosero hacia una chica tan amable como tú.

—Creo que puedo entenderte y me da mucha pena que te hayan ignorado por tanto tiempo. Pero entonces, ¿ahora sí me dirás cómo te llamas?

—Sí, claro, pues ya no tiene caso seguir con la farsa. Mi nombre es Cedric.

—Encantada de conocerte. Soy Dahlia. Ya te lo dije antes, pero te lo repito ahora, que estamos recomenzando de la manera correcta.

—Es un placer conocerte para mí también —le aseguró aquel prisionero, con una sincera sonrisa.

—Hay algo más que quiero preguntarte. ¿Por qué no pueden escucharte muchos de los guerreros que han pasado por aquí? ¿Qué es lo que hace que yo sí pueda escucharte?

—No estoy muy seguro de eso, pero todo parece apuntar a que la facultad de escuchar mi voz es una habilidad exclusiva de los guerreros que tienen sangre humana.

—Eso quiere decir que mi hermano Milo te escuchó. ¡Seguro lo recuerdas! Él vestía este mismo traje que yo llevo puesto ahora.

—Sí, creo saber de quién me hablas. Ese chico fue uno de los tantos guerreros que me ignoró.

—¿Por qué lo haría? Él es muy atento y servicial. No lo entiendo... Quizás sea porque no fue criado por seres humanos y entonces no es tan bueno todavía para manifestar sus emociones. Tal vez eso hizo que pudiera ignorarte.

—Lo que dices no suena tan descabellado. Ya lo averiguaremos luego, no te preocupes por eso ahora. Primero, enfoquémonos en tus pruebas.

—De acuerdo. Y me alegra mucho que nos estemos llevando bien —concluyó la rubia, entre risillas traviesas.

Ambos guerreros avanzaban lado a lado, tan cerca el uno del otro, y a la vez tan lejos. Era bastante torturador para Cedric que ella no pudiese verlo, pero lo consolaba el hecho de que pudiera y quisiera escucharlo. Confiaba en que esa risueña jovencita sería su anhelada salvadora. Aunque él no supiese a ciencia cierta cómo haría ella para concederle su libertad. Algo dentro de su corazón le indicaba que esa chica era capaz de cosas increíbles. Se descubrió sonriendo como un tonto mientras la contemplaba desplazarse con gracia en medio de aquellas oscuras tierras.

El siguiente paso que Dahlia debía dar era el de enfrentarse al Sormet y derrotarlo, lo cual no sería nada sencillo. El prisionero decidió que sería mejor si le daba las malas noticias pronto, para que ella se fuera haciendo a la idea de lo que le correspondería ejecutar a continuación.

—Oye, no es que me agrade tener que arruinar tu buen ánimo, pero me parece que deberías saber cuáles son tus próximas tareas.

—No hay problema, dímelo todo. Nadie había tenido las ventajas que estoy teniendo yo gracias a ti. Ya me ahorraste bastante tiempo y esfuerzo al sacarme de la ilusión tan pronto. Se supone que debería pasar las pruebas sola, pero nadie dijo que estuviese prohibido que un guerrero atrapado aquí intercediese a mi favor. Di lo que quieras, pues me facilitas las cosas con cualquiera de los consejos que me des —aseguró ella, con una risilla traviesa.

—Pues bien. Lo que viene ahora es derribar al Sormet. Para eso, primero tendrás que lograr que cada uno de los Sarvet aquí presentes te obsequie de buena gana un ojo. Cuando los tengas todos, tendrás que quebrarlos de uno en uno, sacar la sustancia cristalina que contienen y bañarte con ella. Solo así podrás proteger tu organismo y contrarrestar el quemante resplandor del triángulo ocular del Sormet, su arma más letal. ¿Estás lista para comenzar con la recolección?

Una mezcla de sensaciones desagradables invadió a Dahlia en ese momento. La sola idea de recubrir su cuerpo entero con un líquido viscoso procedente de unas alimañas alienígenas rastreras le resultaba chocante. Sin embargo, decidió ocultar sus crecientes náuseas detrás de su mejor sonrisa. No tenía intenciones de lucir débil o melindrosa ante nadie. Estaba allí para convertirse en una gran guerrera, así que decidió guardarse todo su asco en el bolsillo de atrás.

—Por supuesto que sí. Vamos por esa recolección de ojos de una buena vez —afirmó la chica, muy decidida a ganar.